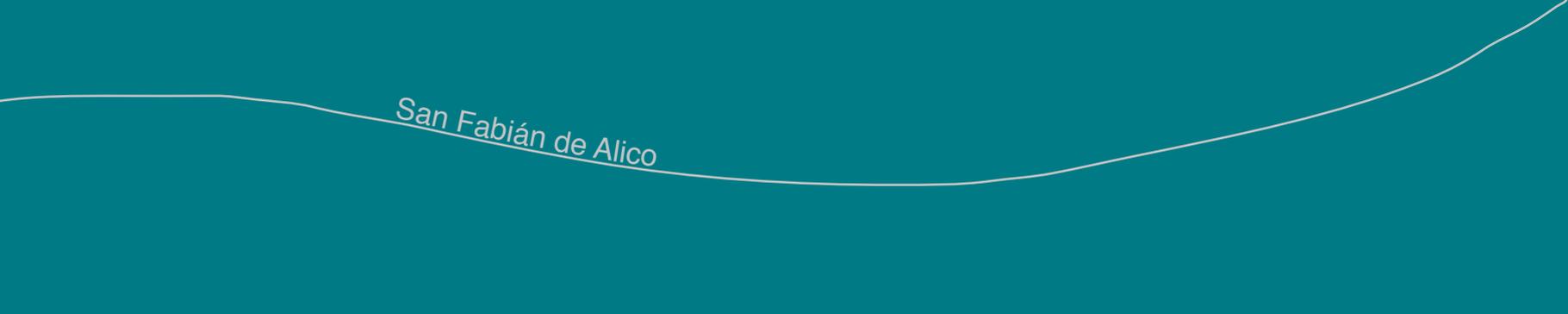




Imanes Andinos
Cuentos y travesías

IVÁN CONTRERAS GONZÁLEZ

San Fabián de Alico



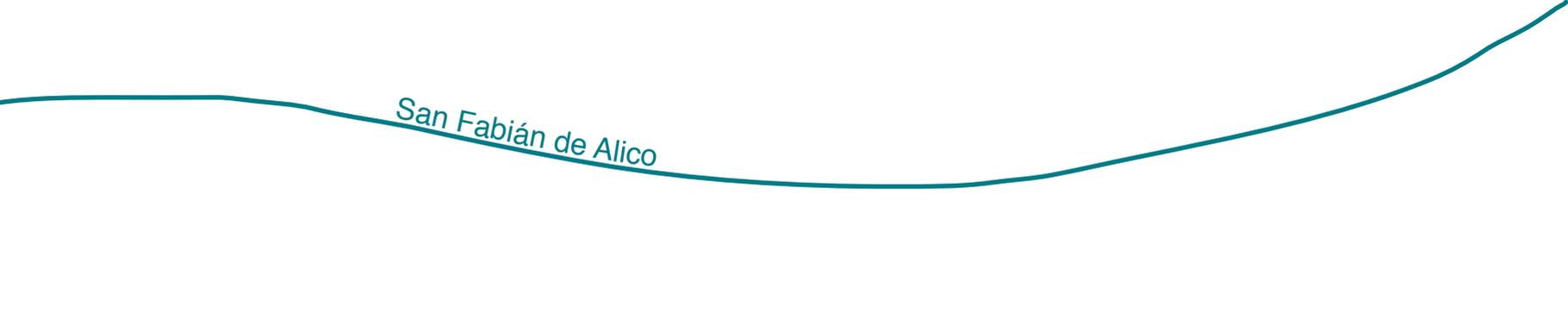
En el marco de su programa de Responsabilidad Social Empresarial, **Hidroñuble SpA publica “Imanes andinos, cuentos y travesías”, escrito por don Iván Contreras González**, como una forma de contribuir a que las costumbres y tradiciones de San Fabián de Alico perduren en el tiempo, al igual que su historia y la de sus vecinos.



Imanes Andinos
Cuentos y travesías

IVÁN CONTRERAS GONZÁLEZ

San Fabián de Alico





Prólogo

Iván Contreras González es normalista y, como la chicharra muere cantando, los normalistas lo hacen enseñando. Su libro *Imanes Andinos, cuentos y travesías*, es propio de quien sabe mirar, comprender y valorar todo lo que sus ojos rescatan del paisaje y de la gente.

Estamos frente a un libro escrito al alero del Cerro Malalcura, en un pequeño universo donde los arrieros y contadoras de cuentos son la sal de una vida sencilla, en la que conviven lo real y maravilloso. En las aldeas rurales buena parte de la vida social se hace en torno al brasero, donde se ceba el mate o a la orilla de los esteros, donde los anzuelos cosechan ricos bocados o las mujeres lavaban con sacrificio las prendas familiares.

Los brujos chilenos y argentinos que se disputaban el toro de los cuernos de oro, famoso en el lugar y regalo de vacas enamoradas, doña Delicia y don Domingo evocan los infinitos Macondos dispersos en el territorio nacional y en tantos otros territorios de nuestra América. Esa vida sencilla transcurre sin sobresaltos que no sean los finados que enlutan a una familia o las fiestas para saludar a los afortunados que les pusieron sus padres o sus padrinos buenos nombres. Sólo ojos sensibles como los de Iván Contreras son capaces de descubrir los encantos del Macondo en que viven.

San Fabián es uno de esos Macondos donde, entre otras novedades, está la cuna de Nicanor Parra, que ahora se ha instalado con la mejor madera del bosque nativo en la plaza del pueblo, gracias a las manos prodigiosas de Juan Orellana. Recuerdo a Nicanor porque fue en torno a su memorable visita a su cuna donde conocí a Iván Contreras que era alcalde de la comuna y que, por su cultura, su sensibilidad y su honestidad, le quedó grande a la pequeña política pueblerina.

Agradezco a Iván Contreras haber conocido San Fabián de Alicó y si bien no conozco las bellezas del Cajón González, he disfrutado de otras bellezas río arriba y, por cierto de buenos chivos bien regados. Iván me ha pedido presentar este libro sencillo como la aldea pero también escrito con el corazón. ¿Cómo no sentir algún cosquilleo en el alma mirando los dibujos infantiles que lo engalanan y no hacer la promesa de volver cuanto antes a San Fabián invitado por esa fotografía de bellos paisajes?

Para Iván el abrazo cariñoso de quien está seguro que, cuando da la mano, el apretón carga con toda la nobleza de la amistad de un hombre bueno.

Alejandro Witker

Con ojos de niño

En mayo de 2016, en el marco de la celebración del Día del Patrimonio Cultural, se realizó en los establecimientos educacionales de San Fabián la “Semana de la cultura”.

Entre las actividades, los estudiantes participaron en un concurso de pintura convocado por Hidroñuble SpA. Las obras debían basarse en los cuentos del autor de este libro, los que fueron leídos en las salas de clase.

Las ilustraciones de esta página pertenecen a los ganadores del concurso en sus distintas categorías.



“Mi perro cuida”, por Jason Bahamondes, Escuela Paso Ancho



“La trilla”, por Constanza Almuna Parra, Escuela Fabián de la Fuente



“El toro de los cuernos de oro”, por Daniela Soto Leiva, Escuela Paso Ancho



“El guisado de gallina”, por Héctor González Sandoval, Escuela Paso Ancho



“El entierro”, por Manuel Valverde Castillo, Escuela Trabuncura



“La jauría”, por Jorge Muñoz Lillo, Escuela Paso Ancho



Índice

Mis versos para Domingo	7
El guiso de gallina	8
Mi perro cuida	13
El toro de los cuernos de oro	14
La hebilla de bronce	16
Éranse tres carretillas...	20
Imanes andinos	22
Oda al manzano de mi hijo menor	50
El entierro	52
Casas viejas	54
El apunte	56
La jauría	62
La trilla a yeguas	64
Vacaciones	66
Versos dedicados a Domingo	76

Historia de Domingo

A fines de la década de los 80, Iván Contreras González escribió “Mis versos para Domingo”, dedicados a su amigo Domingo Fuentes Jara, vecino y comerciante de San Fabián.

“A Domingo le gustaba cantar, contar historias y era dueño de una inmensa imaginación. Todos lo queríamos mucho”, dice.

Domingo Fuentes falleció el 28 de Junio de 1993. Los originales de estos versos, 17 en total, están en manos de su familia.

Mis versos para Domingo

Pido permiso, señores,
para cantar estos versos
que tienen sabor de asado,
de charqui y de caldillo,
de viajes, apero y reatas,
de potrancas y potrillos.

Domingo Fuentes, su nombre,
El TATA pa' la familia,
Hombre ameno y siempre alegre
y optimista de la vida,
a cada problema tiene
el genio de su salida.

Con él viajé a Los Bañitos,
con sus versos y sus payas,
con Lalo, Lucho y con Ciro,
una quina conformamos:
los jóvenes enancados
pues cuatro pingos juntamos.

Don Domingo, usted perdone,
que a secas pase a llamarlo,
sale más fácil el verso
y el respeto va conmigo,
pues no hay respeto más grande
que el que se tiene al amigo.

El caballo de Domingo
es manco de gran alzada,
de tono alazán tostado
fiel, tranquilo y buena marcha,
sin peligro de mojarse
las botas cruzando el vado.

Las chiquillas de Domingo
saben de cuecas y bailes,
hacen hablar la guitarra
y cantan muy entonadas,
la Lucy, la Chita y la Tony
se lucen en las veladas.

Tita echó el vuelo primero
y de Silvia no me olvido,
pues injusto así sería,
siendo tan humanitaria.
Con ella completan cinco
las hijas de doña Amalia.

Y voy completando el grito
de su familia On' Domingo.
Para aclarar la garganta
convide un trago de agüita,
que no puede quedar fuera
su hermana la Mercedesita.

En familia numerosa
hay alegrías y penas.
Se fue la señora Amalia
pero han llegado retoños.
De vez en cuando la vida
nos sacude por el moño.

En casa de Don Domingo
no necesitas llamar,
las puertas están abiertas
pa'l que quiera saludar,
hay rescoldo de tortillas
y un mate para cebar.

Domingo camina lento,
los años pasando están.
Ya no es el guaina de antaño
que se iba pa'l Macal
a conversar con la Mela,
con la Teoda y Pedro Juan.

El guiso de gallina

Llevábamos seis días acampando en El Caracol, ubicado veinte kilómetros al oriente de San Fabián. Eran quince jóvenes y niños, de entre doce y quince años, pertenecientes a la Brigada de Boy Scout de la Escuela de San Fabián, acompañados por su guía el profesor Pedro Carrasco Carrasco, a quienes acompañé atraído por la belleza del paisaje, por la generosa pesca del río Ñuble y por conocer desde hacía años a la señora Delicia, toda una matriarca en el sector, que nos cobijó.

Nuestras carpas las instalamos a orillas de un arroyo, bajo unos frondosos cerezos en aquel mes de diciembre de 1969. Diariamente íbamos al río a bañarnos en las cristalinas aguas y a probar con la pesca con lombrices.

Entre la carpa y el río, había unas dos cuadras de distancia con el camino público de por medio. Por él arreaban los piños retrasados de vacunos y caballares rumbo a las veranadas de Las Truchas, Valle Hermoso, Las Minas, al interior de la Avanzada de El Roble o, por el norte, hacia Pichirincón, Quebrada Oscura, Los Moscos, El Salitre o Cajón de González.

Estos arreos iban en diciembre, dado que el río Los Sauces, afluente del

Ñuble y que viene de norte a sur, venía muy caudaloso y era un peligro para los terneros y potrillos nuevos cruzarlos en octubre o noviembre.

Lo estábamos pasando extraordinariamente bien. Con un régimen estricto, las comisiones funcionaban espléndidas acarreado leña, cocinando, lavando la vajilla, y las carpas lucían ordenadas y aireadas. Pedro había planificado muy bien el tema de los alimentos: verduras, fruta, café, azúcar, carne de chivito comprado en el sector, etc.

Por las tardes, la señora Delicia, mujer de avanzada edad, querendona y de mucha simpatía, se agregaba al grupo. De gran memoria, nos contaba historias de la cordillera, de nevazones, de rodados, de las fiestas, tradiciones, cuentos y leyendas andinas. Citaba a la tía Felicinda de Pichirincón, la que alegraba las fiestas tocando su guitarra y cantando picarescas canciones que desataban carcajadas en los hombres y mujeres de aquellos lugares. También nos contaba de los arrieros y arreos, del charqui cuyano, de los tremendos quesos que desde Argentina traían de soborno, de los contrabandos, de los accidentes en el Filo del Macho... Era inagotable, la señora Delicia. Y todos nosotros éramos su audiencia atenta y respetuosa. Varias veces nos

acompañó el profesor de la Escuela del sector, José Andrés Leiva Leiva.

Nuestro plan original era regresar a San Fabián un día viernes. Pero, entusiasmados con las experiencias y todo su entorno, decidimos quedarnos hasta el sábado, dando aviso a San Fabián y al conductor del camión que iría a buscarnos.

La mañana del viernes, Pedro revisó la existencia para la merienda del día y sólo quedaban dos paquetes de tallarines y algo de tortilla hecha con la última porción de harina cruda.

- Bien -dijo Pedro-. Tenemos almuerzo. Para la tarde, el río tiene que entregarnos unos pescaditos. Dispuso las comisiones y el resto partimos a buscar la merienda de la tarde a las bellas y caprichosas aguas del Ñuble.

Durante tres horas, lanzamos nuestros anzuelos al río en busca de una presa. Todo fue estéril. Regresamos al campamento con las manos vacías. Y Pedro y yo, cabizbajos, con la silenciosa preocupación de carecer de comida para la tarde. Los tarros de pesca y sus anzuelos, algunos con lombrices, quedaron dispersos a la sombra de los cerezos.





- ¡A lavarse las manos!- ordenó Pedro. Luego vino el almuerzo entre chanzas y risas juveniles.

Pero Pedro estaba preocupado. Qué duda cabe. El era el responsable del grupo y no quedaba comida para atender a esos quince muchachos que eran toda energía y por tanto, grandes comedores.

Sentado en el pasto y jugando con un palito minúsculo entre sus manos, su mirada seguía el jugar de las aguas del arroyo, que iban cambiando de curso al enfrentar las raíces de los cerezos y las piedras del

esterillo de cincuenta centímetros de ancho. Entre las raíces y piedrecillas vio que una hermosa gallina castellana avanzaba aguas arriba buscando migas o restos de la comida del medio día.

Bruscamente, Pedro sale de su ensimismamiento. Le brillan los ojos y por su mente cruza alguna idea que activa su musculatura. A su alcance había un tarro con lienza y anzuelo y en él parte de una lombriz. Lentamente toma la lienza y como distraídamente, la lanza poniéndola en el trayecto de la castellana. La gallina,

al ver la presa, apura su andar y de un solo tiempo se engulle anzuelo y lombriz.

Nadie se había dado cuenta de la maniobra. Pedro, le pega un par de tirones a la lienza para asegurar la presa. Luego, alertando al grupo, exclama:

- ¡Esto sí que está mal! ¡La gallina se tragó el anzuelo! ¡Llama a la señora Delicia!, instruyó a un joven, que rápidamente fue en busca de la dueña de casa, ubicada a unos ochenta metros.

Cuando llega la señora Delicia, Pedro, cariacontecido, expresa:

- ¡Mire usted, ¡qué mala suerte! señora Delicia. Esa hermosa gallina se ha tragado un anzuelo. Pero, descuide, debe tenerlo en el buche. La voy a operar. En un rato más va a salir corriendo. ¡Descuide usted, querida señora Delicia! Y rápidamente extrajo su cuchillo de campaña y empezó a mejorarle el filo en una piedra. Mientras, uno de los muchachos sujetaba la lienza y la gallina tironeaba.

Doña Delicia, cogió la gallina y la apegó a su cuerpo.

- Esta castellana ponía huevos azules. Y era buena sacadora. Siempre sacó en la zarza entre doce y quince pollos. Y como madre era muy guapa protegiendo a sus pollitos, dijo apenada.

- ¡No arregle más su cuchillo, señor Carrasco! ¿Para qué la vamos a hacer sufrir?- exclamó la respetable matrona. Y agregó: Mejor la guisamos para la tarde y va a servir como despedida para estos lindos niños que me han alegrado la vida esta semana. La vamos a acompañar con papitas y otros recaudos y hasta con tortilla caliente. Como no es tan nueva, la vamos a echar a cocer temprano.

Y, luego de cortar la lienza con el mismo cuchillo de Pedro, se llevó su gallina, entregándome de reojo una sonrisa y una mirada socarrona. Yo entendí su mensaje.

Esa tarde de viernes fue espectacular.

En una gran olla, la señora Delicia dio muestras de su maestría en el guisar y lo delicioso de su mano. Compartimos la cena cuando la tarde de diciembre se iba. Después, en torno a un acogedor fogón, se sumó su hijo Juan Garrido junto a su pequeña familia. Más tarde llegó su hija Delia.

La noche de luna llena se impregnó de guitarra, de tonadas y hasta de cuecas, donde Pedro lucía sus pícaros pasos de conquistador. La tranquilidad de la noche y una suave brisa que venía del poniente llevaba música y canto hacia la escuela cercana, a unos trescientos metros, donde su único director y gran maestro, don Andrés Leiva, preparaba los detalles de la primera Licenciatura de su sexto año para el día siguiente.

Las horas pasaron sin darnos cuenta. Había que retirarse a descansar. El sábado había que madrugar, porque el camión llegaría temprano y había que levantar el campamento.

Nos despedimos de Delia, de Juan y su familia, y finalmente dimos un afectuoso abrazo a la señora Delicia, quien al despedirse de Pedro, le dijo suavemente:

- ¡Lo felicito, señor Carrasco! Baila una linda cueca. Y agregó ¡Quien baila bonito no pasa nunca hambre!, mientras me dirigía una cariñosa mirada de complicidad.

Esa tarde de viernes fue espectacular. En una gran olla, la señora Delicia dio muestras de su maestría en el guisar y lo delicioso de su mano.



Mi perro cuida

La tarde era agradable. Los árboles lucían un nuevo follaje en un juego multicolor de robles, raulíes, coigües, cipreses y una tupida hilera de quilas para el lado de la quebrada donde se oía el escurrir de aguas procedentes de los deshielos del imponente cerro Camán, allá en la cordillera de San Fabián.

El sombrío sendero por donde avanzaba Tono, era invadido por rayos de sol que se colaban por entre las tiernas hojas. Tras los pasos de Tono iba Cuida, su noble y fiel compañero, un fornido perro de color amarillo tostado.

Silbaba Tono una tonadita criolla. Iba contento. Acababa de cortar los postes de ciprés para arreglar el rancho para sus animales.

Sorpresivamente, Cuida empezó a gruñir, mostrando sus blancos colmillos. Adelantándose a Tono se quedó estacado, aumentando la potencia de sus gruñidos. Tono cesó en su tonadilla. Sintió un frío en su espalda. Tomó el hacha que llevaba al hombro y la apoyó en la fresca tierra del sendero. Su mirada quiso penetrar la sombra de las quilas buscando la causa que alteraba a su perro.

- ¡No es conejo, ni ratón!, pensó.
¡Cuida habría atacado de inmediato!

No fue necesaria mayor reflexión. Frente a él, distante unos veinte metros, un bello ejemplar de león americano. Entre sus cortas orejas y ojos penetrantes de felino, las terribles fauces del león eran presagio de un combate.

A Cuida se le erizó el mullido vellón de su lomo. Tono, instintivamente tomó el hacha con ambas manos. A su costado llevaba un cuchillo de buen filo dentro de una funda de cuero.

Pasar del miedo a la desesperación, y de ahí al arrojo, suele darse en fracción de segundo.

Con el hacha al frente, con decisión oriental, Tono se lanza contra la hermosa figura del león de alta talla y de largo cuerpo.

Cuida se adelanta para el ataque a muerte. Al frente el león se recoge en sus extremidades para iniciar su salto de ataque mortal. Los veinte metros se han reducido a diez.

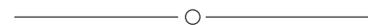
De la garganta de Tono brota un alarido de combate sin tregua. El

hacha brilla con los rayos de sol de la tarde. El combate es inminente. Cuida saca un ronco ladrido-gruñido. El león muestra en todo su esplendor sus largos y afilados colmillos.

Sorpresivamente el bello puma gira y se escabulle entre las quilas. ¿Tuvo miedo?, ¿inferioridad numérica?, ¿no tenía hambre?

Cuida dejó de gruñir, no sin antes recorrer el área. Moviendo su cola se aproximó a Tono quien, echándose el hacha al hombro, reanudó la marcha acariciando con su otra mano la cabeza de su perro. Apuró el paso. Ya no había deseos de silbar. Su mirada escrutaba de lado a lado el camino. De vez en cuando miraba hacia atrás.

Pronto se despejó la montaña y apareció un hilillo de humo de la cocina de su casa. Su mujer, sus dos hijos, párvulos, salieron a recibirles, seguidos de una perra y sus cachorros de color amarillo tostado. Tono seguía acariciando a Cuida. Tenían una aventura más y un secreto que compartir.



El toro de los cuernos de oro

Cuenta la historia que en los sectores de La Montaña, El Durazno, El Naranjo y El Valiente, los ganaderos de la zona tenían la más linda crianza de vacunos.

En inmensos potreros, delimitados por tranqueros de cuatro varas, centenares de hembras pastaban mientras sus tiernas crías se deleitaban estrujando sus ubres generosas. Los altos robles le daban frescura y brisa al entorno arrullado por cristalinas aguas de esterillos nacidos en los faldeos de los cerros Castro y Malalcura.

Echado bajo un coigüe, rumiaba plácidamente un hermoso toro de color dorado, de ancho cuello. Su cuerpo denotaba una musculatura imponente en sus mil kilos. Su cabeza era adornada por unos hermosos y uniformes cuernos de color oro.

En el mes de octubre de cada año, los ganaderos echaban su ganado al camino polvoriento iniciando un viaje de varios días hacia las veranadas de Los Moscos y El Salitre. Al pasar por San Fabián, su calle principal, Los Andes, se cubría de una capa de polvo, mientras los arrieros refrescaban la garganta donde Juan Olave, doña Carmen Acuña, doña Adela o donde Jorge San Martín.

Allá en la cordillera veraneaban las mil vacas y sus crías, siempre custodiadas por el toro de los cuernos de oro. En abril había que emprender el regreso.

Los estancieros argentinos que venían a las aguas termales de los baños Los Moscos quedaron admirados del toro y las lindas vacas. A su regreso a las Vegas de Lumávida, en Argentina, planearon robarse el toro para mejorar su masa ganadera.

Cuando quisieron actuar, era tarde. El ganado chileno había retornado a los pastos de La Montaña y los demás campos ubicados en la parte norponiente de San Fabián. Pero los argentinos no se dieron por vencidos y contrataron a los más famosos brujos para robarse al toro de las astas doradas. Éstos, haciendo uso de sus poderes, formaron una gran nube en los alrededores del Cerro Castro, agitada por fuertes vientos, recorriendo los hermosos potreros rodeados de tranqueros y tranquillas.

La nube, como movida por mano misteriosa, llegó donde estaba el toro de los cuernos de oro y lo elevó a los cielos envuelto en el oscuro nubarrón, iniciando un desplazamiento directo a Argentina. La nube pasó por San Fabián frente al Malalcura y por sobre el cerro Alicó.

Tiempo después, algunos chilenos que viajaron a Argentina juraron haber visto al toro de los cuernos de oro rodeado ahora de hermoso ganado argentino. Enterados de este robo, los ganaderos chilenos se pusieron de acuerdo y contrataron los más famosos brujos chilenos para rescatar a su toro.

Y ahí están en pugna los brujos argentinos y chilenos.

En invierno, en noches de lluvia y de tormenta, podrás escuchar los bramidos del toro arrastrado por la fuerza de los brujos a través de los negros nubarrones.

Cuando escuches los bramidos similares a un trueno detrás del Malalcura, querrá decir que han ganado los brujos argentinos y se llevan al toro para los campos de Lumávida. Pero cuando escuches los bramidos en la Laguna El Valiente, en los altos del Maitenal, es porque han vencido los brujos chilenos y el toro de los cuernos dorados padece en los lomajes de La Montaña y El Durazno.

Cuando vayas por esos lugares, fíjate en los animales. Si las vacas están gordas y de bello pelaje y los terneros juegan y corren bajo los robles, es posible que te encuentres con el hermoso Toro de los Cuernos de Oro.



La hebilla de bronce

Era casi mediodía. El sol de esa mañana otoñal abrasaba. Del interior de aquel modesto bus rural se escurrían por las ventanillas entreabiertas los olores más variados y repelentes, merced de la transpiración, fiambres y productos que los campesinos habían adquirido en su agitada mañana de compras.

Desde afuera, alzando sus mercancías en pequeñas bolsas de material sintético, los vendedores ambulantes aturdían con sus ofertas a los agotados viajeros que habían logrado un asiento. El resto, tomándose de una barra metálica humedecida por el sudor de las manos, esperaba resignado la salida del microbús con destino a Torrecillas.

No conforme con la idea de realizar el viaje de pie, traté de lograr mejor ubicación. Un poco pisando a los pasajeros con mis largos zapatos y otro poco llevado por el vaivén de los empujones, avancé un par de metros por el pasillo.

Un anciano que me pareció de figura minúscula, me ofreció un asiento, gesto que agradecí y acepté con rapidez. Me acomodé, al fin, al lado del anciano, respondiendo a su gentileza con una sonrisa cortés.

El viejecito, como si nada, se olvidó de mí, centrando su atención en una

manzana a la que con la uña iba sacando trocitos que luego llevaba a su boca desdentada. Tenía un rostro enjuto con un bigote fino y mal cortado (¡bigotes de laucha pituca! pensé jocosamente). Su frente estaba surcada por hondas grietas en sentido horizontal. Sobre sus piernas, una malla con un par de paquetes y algunas frutas.

Mi pierna izquierda quedó muy bien resguardada al lado del anciano. No así la derecha que debió soportar una docena de pisotones por el lado del pasillo.

Primero solté mi corbata. Luego, juzgando lo inútil e inadecuado de ella, terminé por echarla a la cartera de la chaqueta, entregándome resignado a la incomodidad del viaje.

Situaciones como éstas y cuando se tiene veintidós años, se toman con humor. Por ello, cuando la tía Nana me pidió que fuera a Torrecillas a inspeccionar los trabajos de la viña, le contesté afirmativamente. Total, regresaría por la misma tarde. Se trataba simplemente de ver el estado de madurez de la uva, revisar bodegas limpias y acordar con los medieros los días de la vendimia.

Acomodé un libro de bolsillo para iniciar su lectura, con la intención de aislarme un tanto y evadirme de las

incomodidades del viaje. Leía algunos datos biográficos del autor. De súbito, algo se interpuso entre mi mirada y las palabras del texto. Desvié mi atención del libro, más que de dirección, de distancia, quedando mi vista clavada en una mano grotesca, deforme, incompleta, cubierta de cicatrices, en el típico ademán del que pide una limosna. Al gesto acompañaba una voz parca y profunda.

Llevado por un compasivo impulso inicié la búsqueda de una moneda, mientras alzaba mi mirada tras el rostro de ese desventurado.

Mi mano se detuvo a mitad de camino, sin alcanzar las monedas. Mis ojos quedaron fijos en los de aquel hombre. Esos ojos que creí encontrar apagados, sufridos, eran irónicos, con una ironía oculta en un falso velo de humildad. El marco de su boca no ocultaba el cinismo de su sonrisa, acorde con su estatura impresionante y el grueso de su cuerpo de cincuenta años.

A mi memoria llegó el refuerzo de mi infancia. Dirigi mi vista buscando la otra mano de ese hombre, ansiando íntimamente estar equivocado.

¡No! Todo era claro. ¡Era él! La manga izquierda de su chaqueta colgaba vacía desde el hombro.

Quería soslayar esa evidencia. ¡Debe ser coincidencia!- pensé. Mancos hay muchos. Pero esos ojos continuaban mirándome. Y la mano con sólo dos dedos seguía esperando.

Confundido, bajé la vista lentamente deteniéndome en su cinturón. Un temblor sacudió mi cuerpo como pajarillo entumecido, como si una descarga eléctrica le hubiese azotado. Ahí estaba el cinturón. Era el mismo. Más gastado, cierto, pero el mismo. Seis o siete centímetros de ancho y una hebilla de bronce con una cabeza de león.

¡Qué prodigio de obra es el ser humano! ¡Cuán compleja es nuestra estructura! Nervios, sensaciones, mente, memoria, constituyen un enigma.

¡Cuánta capacidad de nuestra memoria! Pasajes, episodios de nuestra remota infancia se ocultan en algún rincón, como hibernando. Con los años se olvidan, desaparecen... pero sólo temporalmente. Como tigre al acecho, están ahí, a la espera del menor estímulo. Y cuando éste llega, saltan arrolladores con fuerza acumulada y garras despiadadas.

Así me ocurrió aquel día. El calor sofocante de abril, el ambiente reinante, pisotones, pregones, quedaron relegados. Me olvidé del viejecito de la manzana.



Juan Castillo Araya.

Frente a mí estaba esa mano mutilada y esa cabeza de león de la hebilla de bronce.

Nos habíamos mudado no hacía mucho a ese sector de la ciudad, en el eterno peregrinar de las familias arrendatarias.

La casa era de ladrillo, de altas murallas y de piezas amplias, decoradas por bellas flores del papel mural (siempre, al mirarlas, pensaba que se colocaban en armoniosas hileras durante la mañana, para recibir la caricia de los rayos solares que se introducían por entre los calados del visillo de las ventanas).

El sector era modesto: calles de ripio y veredas de tierra, pero con un vecindario donde se compartían las alegrías y los problemas.

Cursaba entonces la quinta preparatoria. Con mis espigados diez años no tuve dificultades para integrarme a los chicos del barrio. Formamos una pandilla inolvidable jugando a los bolitos, juntando palitos de helados y cajetillas vacías de cigarrillos.

En primavera nos reuníamos en la “vega de los camarones”. Allí elevábamos nuestros volantines y echábamos a volar nuestra imaginación, caballo alado de la infancia, tejiendo la historia de la vida de esos crustáceos.

Pero el niño, cervatillo ingenuo del bosque urbano, termina conociendo los sinsabores, muy a su pesar. Y a medida que crece, siente cómo van destruyéndose las estructuras que ha edificado en su mundo infantil.

Una tarde jugábamos en la calle con los demás niños. Corría como una exhalación tras uno de mis rivales de juego. Iba descalzo, con un pantaloncito corto y hasta recuerdo la polera a franjas que llevaba ese día. De pronto, una pierna se interpone en mi carrera. Me elevo, vuelo... Luego, en la caída, la tierra endurecida va rompiendo mi piel: codos, caderas, rodillas hasta quedar inmóvil. La sangre, tibia, fluye y se confunde con el polvo.

No siento dolor. Giro mi cuerpo y alzo mi rostro en busca de una explicación que no llega. Ahí, apoyado en la muralla, con sus ojos irónicos, su sonrisa cínica y su hebilla de bronce, está el sunco.

Impotente, lloro de rabia y corro a mi casa. Carreras y gritos por doquier. Mi madre limpia mis heridas (con el tiempo también me curó las del alma), me mima, me acaricia. Mis hermanas y mis amigos han formado un corro silencioso y solidario.

Estuve varios días sin ir a la escuela. Supe que los carabineros se llevaron detenido al manco.

Llevado por un compasivo impulso inicié la búsqueda de una moneda, mientras alzaba mi mirada tras el rostro de ese desventurado.

Durante mi convalecencia conocí la historia de aquel hombre. Supe que había perdido el brazo izquierdo y parte de la mano derecha, cortados por las ruedas del tren al quedarse dormido sobre los durmientes después de una de sus habituales libaciones.

Todo retornó a la normalidad. Las heridas cicatrizaron junto con los dolores. Volví a clases y a jugar con mis amigos.

Semanas después, caminando hacia la escuela y en las proximidades de una cantina frecuentada por bebedores consuetudinarios, me encontré con el manco. Al verme, me salió al encuentro acorralándome contra la muralla.

¡Mira, chiquillo del carajo, me las vas a tener que pagar! ¡Por tu culpa me apalearon los pacos! – vocifera amenazante, con evidentes síntomas de embriaguez Y prosigue: ¡donde te pille solo, te voy a dar con esta correa, con la hebilla, para que veas correr sangre!

Y ya no hubo más calma ni alegría para mí. Cada día me aguardaba la amenaza del manco. Opté por

caminar dos cuadras más para evitar pasar por la cantina.

Con el correr de los días el trauma aumentaba como las ondas producidas por un guijarro lanzado a un estanque. Por las noches pasaba largas horas sin poder conciliar el sueño. Y, cuando lo lograba, despertaba frecuentemente con pesadillas donde siempre estaba la cabeza de un león bronceado.

Mis padres nada sospechaban de esto. Preocupados del cambio de conducta que había experimentado, lo atribuían a mi edad, sumado a mi escaso apetito y consiguiente baja de peso. Y yo con un temor atroz a la oscuridad y a las personas.

Quiso Dios que al tiempo después se presentara la oportunidad de mudarnos a otra casa, ubicada en un sector más urbanizado. Entristecido por dejar a mis amigos, pero con un inmenso y secreto alivio, nos fuimos del barrio.

Hice nuevos amigos, pero ya no íbamos al “potrero de los camarones”. El episodio del manco dejó de torturarme. Lo olvidé completamente...hasta hoy.

Aquella mano, de callosidad impresionante, continuaba ahí, esperando. El auxiliar del bus comenzó el cobro de pasajes y el conductor hizo funcionar el motor vibrando toda la carrocería. Simultáneamente, en mi interior se iniciaba una temblorosa y ardorosa lucha: el odio y la venganza contra el perdón y el sentido humanitario; la pesadilla infantil, contra la osadía de los veintidós años.

Mi mano continuó su movimiento inconcluso. Una moneda deposité en esa mano deforme y sufrida. El hombre, sin ningún gesto de gratitud, se escurrió entre los pasajeros buscando la puerta, mientras el bus, saliendo de la Plaza Pezoa Véliz, iniciaba lentamente su largo recorrido. Se escuchó la sirena del Cuerpo de Bomberos anunciando el mediodía.

El libro perdió mi interés. Cuando dejamos las últimas casas de San Carlos, la máquina aceleró. Solacé mi vista con unos sauzales que bordeaban el camino. Un aire fresco entró por la ventanilla.

-----○-----

Éranse tres carretillas...

El alto oficial de Carabineros, Prefecto de la Provincia, detuvo bruscamente la marcha de su automóvil, estacionando en un costado de la vía y deteniendo el motor. A su lado, su esposa lucía una delicada tenida que combinaba con su cabello y el tono de sus labios. En el asiento posterior, dos suboficiales iban atentos a los requerimientos de su superior.

- ¡Suboficial Muñoz!, dijo el Prefecto. ¡Ajuste esa radio, parece ser un llamado de la Avanzada de Pichirincón!

Presto, Muñoz cumplió la orden, girando levemente una de las perillas de la radio de uso exclusivo de la institución. Por el parlante se escuchó entrecortadamente: "Atento San Fabián, aquí destacamento Pichirincón".

- ¡Adelante, Pichirincón! – contestó la base San Fabián.

- ¡Para mi Sargento Fuentes, un pedido especial del Cabo Bustamante!

La respuesta vino de inmediato:

- ¡Acá el Sargento Fuentes. Diga Bustamante- ¿qué se le ofrece?

- ¡Mi Sargento, buenas tardes, aquí en Pichi no hay novedades! ¡Llamo

para solicitarle trate de enviarnos dos carretillas de hilo negro y una de blanco, para nuestro servicio a la comunidad!

- ¡Descuide Bustamante! Va a tener que ser paciente. Esperaré que pase algún lugareño con aperos para mandarle el encargo.

- ¡Gracias mi Sargento Eso sería todo. Cambio y fuera!

Terminado de escuchar ese diálogo, el alto oficial, de impecable tenida, miró a su mujer comentando:

- ¿Te das cuenta de la vocación de servicio de nuestros hombres? Hacen soberanía en la cordillera, enseñan a leer a los lugareños. Y ahora a las mujeres les enseñan a coser para que puedan remendar el vestuario de la familia.

Luego, girando su cuerpo, ordenó a uno de sus suboficiales:

- ¡Machuca! Mañana a primera hora compra diez cajas de hilo negro y cinco con hilo blanco y se traslada a San Fabián. Instruya antes al Sargento Fuentes para que le prepare caballos y aperos para ir a Pichirincón y le lleva a ese Cabo Bustamante los hilos. Agregue agujas y dele personalmente mis especiales saludos y felicitaciones. La institución

debe cuidar a gente con esa vocación. Dignifican a Carabineros de Chile.

- ¡A su orden, mi Coronel!, respondió Machuca.

Dando contacto a su vehículo, el alto oficial reanudó la marcha. Su mirada diáfana se dirigía al asfalto con una luz y brillo especial en sus pupilas, trasluciendo una emoción contenida.

Al día siguiente, cumpliendo fielmente la orden, Machuca arribó a San Fabián. En los corrales próximos, dos caballos equipados esperaban el inicio de la jornada de ocho horas, desplazándose por senderos, arroyos, laderas y faldeos para acceder a Pichirincón. Algo más retirado, un mular esperaba carga.

Tras los saludos del caso, Machuca y un carabinero joven que le acompañó desde la Prefectura, montaron sus cabalgaduras.

- Mi suboficial Machuca, ¿podría hacernos un favor?, preguntó el sargento Fuentes.

- ¡Diga, Sargento!

- Ocorre que el Cabo Bustamante me llamó ayer. ¿Podría, usted, llevarle un encarguito?

- ¡Naturalmente, Sargento!, contestó Machuca. Nosotros le llevamos hilos, incluso agujas, por orden expresa de Mi Prefecto.

- ¡Gracias, mi Suboficial!- replicó Fuentes, con una miradita pícaro.

Acomodada la carga, en el mular de color pardo y luengas orejas, el Suboficial Machuca y su joven carabinero, iniciaron la extensa jornada.

En las chiguas¹, iba el encarguito para el Cabo Bustamante. Claramente se observaba la suave protuberancia de tres garrafas de vino: dos de tinto y una de blanco.

—————○—————



1. Chiguas: Especie de cesto hecho con cuerdas o corteza de árboles, de forma oval y boca de madera.

Imanes andinos

A modo de introducción

Flotar en las apacibles aguas de una piscina o en el remanso cristalino de un estero, pareciera ser asunto trivial. Tan simple y corriente como el también simple hecho de leer y escribir. Incluso hasta desplazarse por esas aguas con cierta facilidad, pareciera no ser problema. Pero, cuando por distintas causas, cualquiera de esos atletas de piscina o de remansos, tuviera que cruzar a nado un río caudaloso, pensaría mucho antes de osar tal aventura. Tendría que analizar objetivamente sus posibilidades físicas, su adiestramiento. Ensayar bastante aquellos estilos que le permitieran darse un respiro en el desarrollo de la empresa. Porque el asunto es muy simple: se llega a la ribera opuesta o se perece. A menos, claro, que alguien acuda en su auxilio.

Acudo a la protección y auxilio de Dios para no perecer en estas nuevas aguas en que pretendo nadar, esperanzado en tocar la otra ribera. Pero mi deseo va más allá del simple anhelo de hacer algo. En esta empresa voluntaria se pretende

atraer hacia la variada geografía de nuestra cordillera a todo amante de la naturaleza, cordillera atractiva y majestuosa en la aridez de sus mil roqueríos y en la fertilidad de sus centenares de pequeños valles.

Es probable que en el transcurso del relato caigamos en el vulgarismo literario. Es parte de nuestras limitaciones que, en algún momento, estuvieron a punto de frustrar nuestras intenciones de nadar en el caudaloso e ilimitado mundo de las letras.

Siéntome, a veces, profanador de campos reservados a seres especiales. Pero ya estamos entrando en ellos y confiemos en los buenos propósitos que nos animan y en la benevolencia de quienes se espera sean los lectores.

Es el relato descriptivo y anecdótico de una excursión a la cordillera. Si la lectura de él despierta algún interés especial, se estará dando respuesta al pretencioso nombre con el que lo iniciamos.

Aprestos y partida

Aquel día domingo 20 de enero, recién estaba decidido quiénes conformaríamos el grupo excursionista. La fecha de partida se había fijado para dos días más tarde. Éramos tres: Raúl Bustos Fernández, Subdirector de la Escuela de San Fabián; Luis Lepe Jeldres, subdirector de una escuela de San Carlos y yo. Éramos un trío con las afinidades suficientes para hacer un viaje en armonía y disfrutar de las alternativas gratas y abordar con entereza las vicisitudes y contingencias.

Para un viaje a la cordillera en la forma que nosotros acostumbramos, el mular para la carga es indispensable. Y cuando de mular se trata, todos entramos a familiarizarnos con la chigua, el lacillo, la reata, los retobos y sobornos, convirtiéndonos en tan entusiastas como inexpertos cargadores.

Es preciso constatar si cada uno ha reunido sus efectos personales: chupalla, jarro, fuentes, cucharas, elementos de pesca, amén de útiles de aseo, saco de dormir y un par de mantas. Todo ello en los tercios de la carga o en las alforjas que, junto al lazo, bozal y manea complementan la montura.

El alimento para varios días también

está en las chiguas : harina cruda y tostada, papas, cebollas, ají verde, aceite, sal, azúcar, yerba mate, té, fideos, arroz, condimentos, zanahoria y una caja de tomates verdes, entre otros elementos.

Nuestra meta es alcanzar Laguna Navarrete, ubicada en territorio argentino. Para la primera etapa nos conformamos con llegar a Los Sauces, fundo cordillerano situado en la confluencia de los ríos Los Sauces con el Ñuble. Es menester cabalgar entre siete y ocho horas.

La tarde del día 21 de enero reunimos en mi casa de San Fabián todo lo acordado. Hicimos paquetes, preparamos los tercios, revisamos las listas y afinamos detalles del viaje, gentilmente asistidos por Daniel Sandoval y Chelo Mardones, amigos comunes y expertos en esta materia. Mardones, bromista por naturaleza, se ofrece para ayudarnos a cargar el mular la madrugada siguiente. Quedó acordado reunirnos a las cinco de la mañana.

Puntualmente estuvimos los tres viajeros, menos Mardones. Le esperamos por dos largas horas. Ahí, a nuestro lado estaba todo, pero nadie sabía cargar el mular.

Para superar finalmente el percance

acudimos a mi vecino Nano Valenzuela quien, solícito, nos dejó en condiciones de iniciar la marcha.

Alrededor de las ocho y luego de desayunar, dimos comienzo a nuestra aventura. Los treinta y seis kilómetros que separan a San Fabián de Los Sauces los cubrimos en siete horas de cabalgar, sin considerar otras dos de descanso en Agua del Ganso, hermoso paraje a orilla del Río Ñuble. Desde la partida misma la ruta va serpenteando junto al río, deleitando la vista con sus rápidos, sus raudales y barrancos impresionantes.

Tras la huella de nuestros corceles van quedando la Mortandá, Bullileo, Los Puquios y Lara. En El Caracol, nos permitimos un breve descanso para visitar la escuela. Ahí está Andrés Leiva, su director. Nos muestra la piscina y el sistema eléctrico mediante una turbina y que es la novedad en esos lugares.

Se trata de una escuela unidocente, con Andrés como primer y único docente desde su fundación en 1966. Tiene cincuenta y dos alumnos, hoy todos de vacaciones, y se permite el lujo de tener un internado para veinte niños, financiado por los propios padres de los menores, junto al esfuerzo, entusiasmo y entrega de

este maestro ejemplar, que vive en su escuela, junto a Olivia su esposa y sus dos pequeños hijos.

Cada rincón del local refleja la entrega de este hombre por la docencia rural y el desarrollo de toda una comunidad donde él es consejero familiar, atiende casos de primeros auxilios, ayuda a los campesinos en el tratamiento de sus animales -dado que además de profesor es técnico agrícola-. Pero, por sobre todas las cosas, es un gran y buen amigo.

Mientras se conversa, me separo del grupo, desandando unos doscientos metros para saludar a la señora Delicia, una amorosa mujer de avanzada edad a quien quiero mucho por su gran corazón. Años atrás, junto a un grupo scout, acampamos en las inmediaciones de su propiedad.

Reanudada la marcha, nuestras cabalgaduras nos van adentrando en el paisaje cada vez más salvaje de la cordillera y menos alterado por la mano del hombre. En Agua del Ganso hacemos un alto para almorzar un sabroso trozo de asado de chivo acompañado de un vino como manda la ley de la costumbre.

Agua del Ganso es una planicie verde que separa al río del camino. No tiene más de una cuadra, una vega eternamente verde que da el nombre al lugar. Del costado norte del camino nace una vertiente que, cruzándolo, riega el faldeo gravitacionalmente. Agua helada y sabrosa (¿hay aguas

sabrosas?) que refresca al viajero.

Cuando usted viaje por esas latitudes podrá comprobar que Agua del Ganso tiene bien ganado su nombre. Aunque, para aclarar, antiguamente, al lado norte del camino, vivió una familia que gustaba criar, además de gallinas, una buena cantidad de gansos. Hoy, quedan sólo unos indicios de aquella vivienda, junto a unos guindos comunes que luchan contra el tiempo.

Después, a cubrir la última hora de camino. Y vamos pasando por Las Bandurrias, El Principal, Punilla y Camán. Desde la casa del finado Aladino nos saludan sus hijas, mientras un par de perros ladra porfiadamente.

Es menester hacer un recuerdo de Las Bandurrias. Allí, allá por el año 1964, junto a otros amigos, supimos de las atenciones de don Roberto Fuentes y su familia. Acampamos en su casa, saboreamos la cereza negra directamente desde los árboles que generosamente extendían sus ganchos al alcance de la mano. Ahí disfrutamos asados inolvidables por lo sabrosos y jugosos, acompañados por tortilla, mate y una tertulia de leyendas, cuentos e historias de los “cuenta mentiras”. Noches y recuerdos que se atesoran.

Similar experiencia, años más tarde, tuvimos con un nuevo poblador, Memo Fuentes Ávila. Cariñoso y solícito, preocupado de hacer grata nuestra visita, de paso hacia Argentina. Quede

aquí la expresión de nuestra gratitud por siempre.

Finalmente llegamos al río Los Sauces. Lo vadeamos. El agua alcanza los estribos y a nuestro calzado. Poco importa. Cinco minutos después unos ladridos alertan de nuestra llegada a la familia Sandoval Concha. La casa se encuentra ubicada en la parte alta, tras una corta pero pedregosa cuesta. Nuestros caballos, nobles brutos, refrescados por la tarde que se iba, mostraban en sus hijares el sudor seco del esfuerzo de la jornada. Con firme tranco rematan su tarea en el breve ascenso, conocedores de la cordillera y sabedores que está próximo el final de la etapa y el reparador descanso que les aguarda en un potrero de rezago. Es el término de la primera jornada. Estamos en el Fundo Los Sauces.

La cariñosa acogida de Chito Sandoval, el dueño de casa y la señora Juanita, su madre, con esa hospitalidad franca y espontánea, la sentimos. Y nos recibe Tono. De la cocina sale Lola restregándose las manos con su delantal. Bajando de los cerezos que aún tienen gran cantidad de fruta seca, Quique ríe complacido mientras acalla a los perros que aún nos estudian a la media distancia. Quique es un muchacho de doce años. Tras saludar con cierta vergüenza se hace cargo de mi caballo.

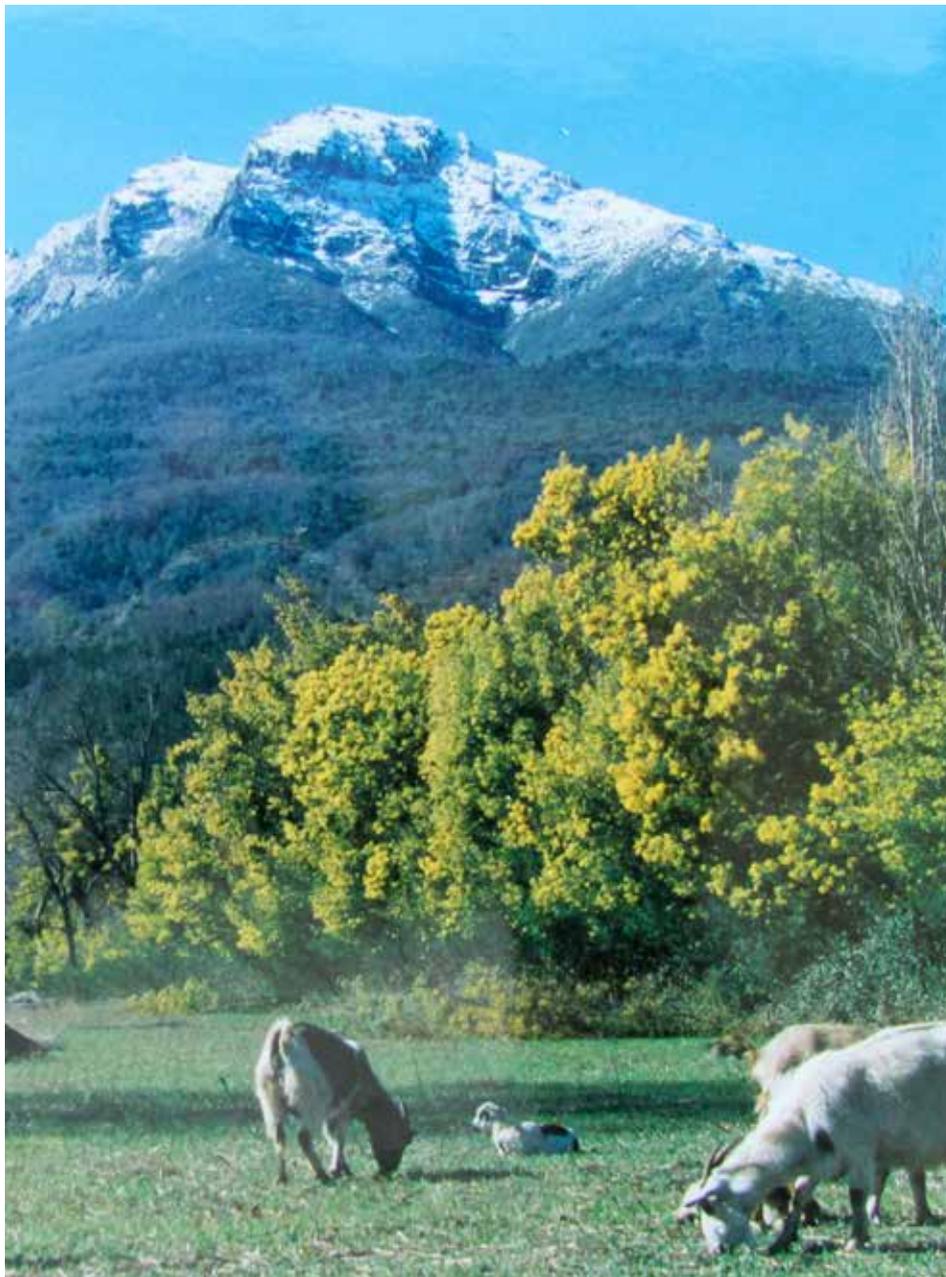
Saludos van y vienen. Todos

nos conocemos y sobran las presentaciones. Hay una cordialidad sincera flotando en el ambiente. Se capta en los ademanes, en el querer ayudar, en la tarde que va retirándose por entre los cerezos y en la pasmosa pasividad de dos sauces llorones que sirven de sombra y de reparo en los corrales.

Mientras acomodamos las monturas y la carga sobre la cama de una carreta sin barandas, Chito y Tono echan las bestias a un potrero adyacente tras mojarles el lomo con un par de jarradas de agua a cada uno, para evitar el pasmo. Cada caballo busca un espacio para tenderse y echar sus patas al aire, intentando quitarse el cansancio. Después, unos fuertes sacudones y a probar el tierno pasto cordillerano.

Nuestro cansancio también desaparece después de un reparador baño nudista en un solitario y privado rincón del río. Pronto, las sombras de la noche caen en el lugar. La paz que se siente es constantemente interrumpida por los balidos del piño de cabríos que se han recogido en un gigantesco corral.

Nosotros reponemos energías en la cocina junto a los dueños de casa, con amena charla. Afuera, la luna proyecta su luz de penumbra contorneando los altos picachos del Cerro Colorado, invitando a la contemplación y a la meditación.



Cerro Malalcura - San Fabián

Camino a Pichirincón

Nos encontramos a ochenta kilómetros al oriente de la ciudad de San Carlos, en plena cordillera. El fundo Los Sauces, que con el río dan el nombre al lugar, tiene una extensión que supera las dos mil cuadras y abarca el ángulo casi recto formado por los ríos Ñuble y Los Sauces que confluyen. Este último procede del norte y en su sinuoso recorrer va recibiendo el caudal de otros ríos menores como el Bueno, Cajón González, El Salitre, Las Tragedias y Las Zorras, además de las mil vertientes que ofrecen al viajero su agua maravillosa antes de entregarlas al río.

Este campo de los Sandoval Concha, en su mayoría es montaña y cordillera. Los faldeos próximos a los ríos no pasan de doscientas cuadras, y algunos se encuentran apotrerados para cultivos de trigo, porotos, maíz y papas y los otros para el pastoreo de caballares y vacunos. El resto del campo es destinado al pastoreo de cabríos y lanares.

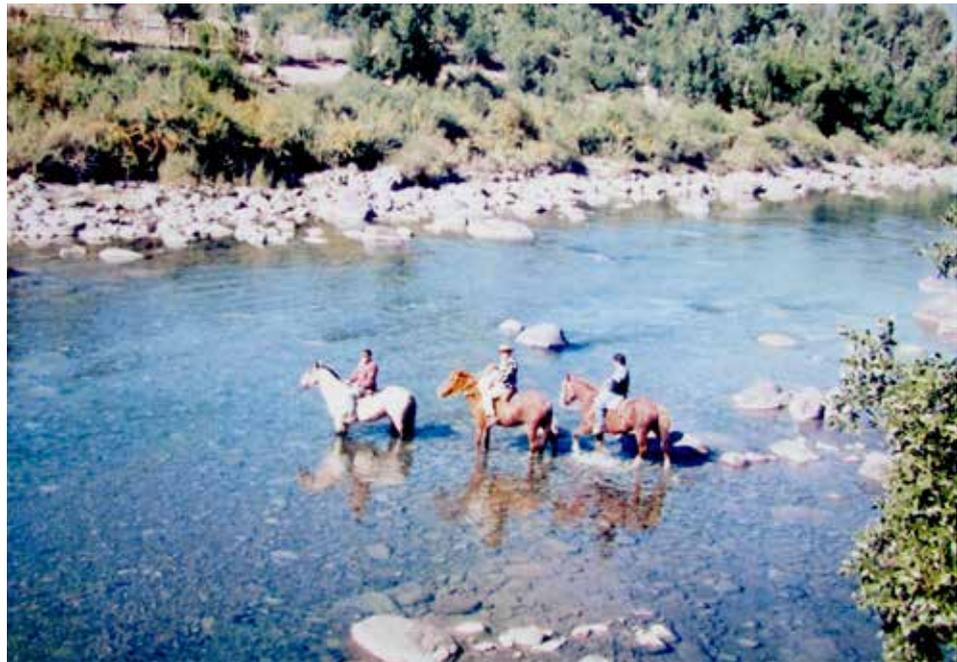
En esos parajes pasamos la mañana de nuestro segundo día de viaje. El paisaje es espléndido, pues se aprecia en el bajo cómo se desplazan las aguas siempre cristalinas del río Los Sauces.

El Ñuble, en cambio, que viene del oriente, suele enturbiarse echando por los suelos los planes de numerosos pescadores. Esto se debe a que uno de sus afluentes, el río Gato, que nace al pie del volcán Chillán, arrastra sedimentos.

Continuando con nuestra contemplación del paisaje, vemos en el lomaje del terreno cómo unos hombres del sector aperchan trigo para la trilla a yeguas, manteniendo una tradición que se ha perdido en las zonas céntricas por el natural avance de la tecnología.

Disfrutamos un rato probando nuestras habilidades con el lazo procurando enlazar chivitos que quedan en las inmediaciones de los corrales, dado que el piño mayor se aleja por los faldeos del cerro Colorado para volver al mediodía a amamantar a sus crías. De esta manera se evitan daños mayores de los zorros, eternos rivales de los crianceros cordilleranos.

Más tarde rodeamos una tropilla llevándola a los corrales. Controlo a una briosa yegua colorada colocándole bozal. Raúl hace lo



Con mis hijos cruzando el río Las Truchas

mismo con un bayo y ambos, montando “en pelo”, salimos al potrero en busca de la mula que seguro se ha quedado bajo algún roble frondoso.

Como nadie es adivino en el grupo, y yo menos, el galopito inocente de la Patas con Brote (nombre dado a la yegua que monto) va convirtiéndose en un galope desenfrenado. Tiro decenas de veces del bozal, pero como si nada. Al fin ¡uf!, la colorada detiene su carrera, iniciando un corcoveo que me hace bailar sobre sus lomos como un muñeco.

Antes que las cosas pasaran a mayores, un poco me lanzo y otro poco me lanza, intentando una volada espectacular de arquero de fútbol. A lo Lucho Lepe, podríamos decir. Y no es broma, Lucho ha sido arquero titular de la selección de fútbol de San Carlos en innumerable oportunidades.

Por fortuna el pasto es alto y mullido, con lo que amortiguo la caída, más no las risotadas del grupo que observaba “la maniobra”.

La mañana se ha ido lentamente. Por la tarde nos desplazaremos a Pichirrincón, quince kilómetros al norte de Los Sauces.

El agua es fuente de vida. Las civilizaciones del mundo se han desarrollado en las riberas de los ríos. Así ocurre con Pichirrincón a orillas del río Los Sauces. Allí está la Avanzada de Carabineros y unas

pocas viviendas dispersas, con treinta a cuarenta pobladores, dedicados a la crianza de chivos, caballares y algunos vacunos.

El trayecto lo cubriremos en unas tres horas. Cruzamos el río de oriente a poniente frente al Cajón, a la altura de la casa de Marcial Sandoval, hijo de Juanita Concha. Ese Cajón es la única posibilidad de la gente de cordillera para viajar a San Fabián en invierno, cuando el río baja caudaloso.

El paisaje mantiene la característica propia de nuestra cordillera: mucha vegetación en los valles y altas cumbres rocosas. El camino se convierte en una huella, sendero por el que sólo es posible avanzar en hilera.

Hace calor aún y pronto los caballos sudan copiosamente por el esfuerzo desplegado al subir caracoleando una pedregosa pendiente. Desde arriba vemos el imponente cajón de Los Sauces. Vemos lo que resta del puente El Inglés, destruido el invierno pasado por la crecida del río por haber sido hecho con material fatigado, según opinaron algunos lugareños. Por la ribera opuesta destacan las viviendas con sus chacras, el rancho del forraje con los potrerillos pequeños, donde pastan las aves entreveradas con los cerdos.

La mayoría de los techos han sido construidos en ciprés tipo canoa, madera liviana y de gran durabilidad.

Otras tienen techo de carrizo y las menos en techo de zinc, planchas cortas llevadas a lomo de mula. Los corrales están vacíos. El piño apenas se divisa allá lejos en el cerro.

Cabalgamos por una zona que pasa varios meses cubierta de nieve. Siempre faldeando, subiendo y bajando. Cada cerro que dejamos atrás es reemplazado en una sucesión interminable los que muestran en sus ijares las heridas provocadas por los aludes y deslizamientos de cerros. De las partes altas, amenazantes y gigantes cascos nos saludan con su presencia silenciosa.

Quebrada Oscura le hace honor a su nombre. Una cañada profunda al lado del cerro donde no llegan los rayos de sol. Su lecho, de gran caudal en invierno, ha obligado a los lugareños a levantar un puente artesanal para el paso de sus animales. Próximo a la cañada vive José Gregorio Valenzuela, hombre mayor y de gran simpatía y ocurrencia, conocido como don Goyo.

Estaba don Goyo bajo un frondoso lleuque, trenzando un lazo con gran maestría, utilizando un cuero de vacuno que había sobado y cortado previamente. Interrumpe su artesanía para saludarnos cariñosamente. En eso estábamos cuando, desde el sur, llegan tres jóvenes conocidos del sector llevando de tiro una mula con un bozal. Tras los saludos, habló uno:

- ¡Oiga don Goyo!, dijo mirándose con cara de complicidad con sus amigos. ¡Usted que es tan gallo, díganos cuántos años tiene esta mula!

Don Goyo, dejando su labor del lazo, miró el animal comentando: Esa mula no es de por acá. ¿ dónde la compraron?

- ¡La compramos en Lara. Pero no sabemos cuántos años tiene. Y como usted es tan gallo, tendrá que decirnos!, insistieron.

Don Goyo se puso de pie, dio un par de vueltas en torno al animal y sacando su tabaquera empezó parsimoniosamente a preparar un cigarrillo en papel fino y tabaco que él mismo cosechaba.

Los muchachos, pullándose entre ellos, insistían. - ¡Ya pu don Goyo. Aquí parece que las va a perder. No dicen que las sabe todas? ¿Cuántos años tiene la mula?

Sin abandonar su parsimonia y con un brillo burlesco en sus ojos, don Goyo, les respondió con categórica e indesmentible certeza:

- ¡Diay hombre, la edad de esta mula es poco menos que su madre nomás pú!

Tras nuestros aplausos y felicitaciones por la genial salida, nos despedimos de este hombre, todo un símbolo en la cordillera y continuamos nuestro viaje hacia el norte.

La tarde va yéndose lentamente. El sol sólo alumbra los picachos del Este. Pero ya estamos cerca de la casa de Jecho. Él nos debe estar esperando.

No nos equivocamos. Tras una suave pendiente, llegamos donde Jesús Sandoval Valdés. Su acogida franca y cariñosa nos invita a desmontar fundiéndonos en afectuoso abrazo.

Jecho ata a Choco, un perro amarillo y tuerto, de tamaño mediano y con trazas de poco amigo. Otros dos, más aseguibles, se acostumbran pronto a nuestra presencia.

El río está al lado, a treinta metros y el susurro de sus aguas invitan a un baño reparador. Luego, una amable mesa. Jecho está sólo con dos de sus hijos menores. Teresa, su mujer y otros tres hijos, llegarían el día siguiente procedentes de San Fabián.

El cansancio del viaje y los efectos de la buena mesa se hacen sentir en nuestros cuerpos. Bajo una frondosa ramada armamos nuestras camas: saco de dormir, cueros, mantas. Por entre el follaje seco, el límpido azul estrellado nos obsequia esa quietud tranquilizadora que acaba con la neurosis. La placidez del instante nos lanza al sueño reparador.



Del Filo del Macho y otras yerbas

Todo aquel que por primera vez transita el trayecto de Pichirincón a Los Moscos, no puede menos que exclamar maravillado ante la variedad, la belleza e imponentia del paisaje. Son cinco horas de cabalgar vadeando una y más veces los ríos y cruzando desfiladeros que erizan el cabello.

La naturaleza conjuga los dones de Dios cuando enfrentas el desfiladero de El Filo del Macho y el Risco Labrado, que exigen tu máxima concentración.

El Risco Labrado debe tener un largo de unos treinta metros. La única huella fue hecha por “adelantados” de las estancias ganaderas que llevaban los piños a las veranadas. Utilizando picotas, combos, y hasta dinamita en algunos casos, hicieron una huella sobre la roca, única opción dado lo complejo de la topografía del sector.

El Filo del Macho, el otro desfiladero, tiene unos cien metros de largo. Por un costado el cerro rocoso e imponente, y por el otro, un precipicio de ochenta a cien metros. Recibe este nombre, debido a que en siglos pasados, cuando el comercio con Argentina era muy fuerte, el contrabando de ganado, charqui, queso, lanas y perfumes, pasaban por esa angostura, y los mulares cargados con lana, por el volumen

de los tercios, chocaban con el filo de una roca. Muchos de estos mulares, inexpertos o distraídos, perdían el equilibrio y volaban por el precipicio cayendo sobre el rocoso lecho del río Los Sauces. Tan inaccesible es esa zona, que los arrieros decidían perder su carga. Los mulares muertos quedaban a merced de cóndores y otros animales carroñeros.

La caprichosa huella, antes de enfrentar los desfiladeros, nos lleva a una zona de robles y coihues con agradable sombra y agua de vertiente que es un deleite. Allí descansamos, caballo y jinete, preparándonos para la zona de peligro.

Cuando viajes, descansa en ese lugar. Te relajará los nervios. Luego, enfrentando el peligro, tensos los músculos, atenta la vista, repasa con vertiginosa velocidad las instrucciones del guía: en subida, lleva siempre las riendas sueltas; en bajada, siempre cortas. Los pies apenas metidos en los estribos. Si sientes miedo durante el cruce, desmóntate lentamente por el lado del cerro. No apures al caballo, puede pisar mal y ...

Recuerdo que hace dos años, en otra caravana, con otros amigos, un caballo perdió el equilibrio y cayó de bruces, quedando en no muy equina posición. Su jinete, Fernando Lepe Jeldres, saltó y cayó hacia el

lado del precipicio, quedando en cuclillas. Afortunadamente el caballo se recuperó. De lo contrario habría caído arrastrando a nuestro asustado amigo. Y Fernando, muy sereno según dijo, pero no le creímos, dando la espalda al precipicio y olvidado de toda recomendación, volvió a montar, mientras el resto sentíamos que el incidente había alterado nuestras pulsaciones.

Otros dos integrantes del grupo de aquel entonces, Jaime Rebolledo y Jaime Venegas, que cubrían la retaguardia, no quisieron nada más. Impresionados, desmontaron y cruzaron el peligro con sus cabalgaduras de tiro. Yo y Lucho Lepe, que en ese orden punteábamos, fuimos más atrevidos.

La caída de Nano Lepe enriqueció el arsenal de bromas para el resto de ese viaje.

En esta última aventura, con Raúl y Lucho, no tuvimos problemas. Todo salió como estaba programado.

Pero volvamos a la puebla de Jecho Sandoval, donde pernoctamos. La mañana de nuestro tercer día de aventuras la iniciamos con un asado al palo. Y otro al mediodía, y ¡qué asados! Y ¡qué mano tiene Jecho para



Con un sargento, en el Puente Pichirincón.

preparar asados. El resto fue la pesca y jugar una brisca a la sobremesa. A media tarde salimos rumbo a Los Moscos, hacia el noreste.

Como las cuntras habían bajado de peso, en la carga del mular hubo espacio para acomodar de soborno una linda cabrilla. Nos desplazamos hacia el norte, bordeando el río. A poco avanzar nos encontramos con el puente de Pichirincón. Debe tener unos 25 metros de largo. Vigas de ciprés de la cordillera cruzan de lado a lado al río. Atravesados, rústicos tablonces a modo de cubierta hechos con hacha y azuela. Abajo, a no menos de ocho metros, las profundas y verdes aguas encajonadas por esa zona rocosa del río Los Sauces.

Mientras lo cruzamos, irresponsablemente sin desmontar, vamos viendo que los peñascos están ralos, sueltos y gastados. Las raídas vigas crujen amenazadoramente. Tratamos de hacernos los livianos,

mas todos bordeamos los noventa kilos. Al final, un suspiro de alivio.

Nos esperan cuatro horas de marcha. La tarde está fresca, los caballos briosos, las monturas mullidas y nuestros estómagos satisfechos. El espíritu calmo, mientras las herraduras suenan y la monotonía del vaivén se olvida. Punteando la marcha, y ante la imposibilidad de sostener una conversación debido al polvo que levantan los pingos, piensas, observas y sigues pensando.

A propósito, siempre he admirado a los orientales por lo reflexivos y analíticos, a diferencia de los latinos. Recuerdo haber leído un artículo de una revista donde un periodista, tras observar largo rato a un japonés que esperaba movilización en un paradero, le preguntó:

-¡Señor! ¿Qué hace usted tan quieto durante tanto rato, esperando el bus?

- La respuesta fue breve, clara y categórica: ¡Pienso!

Continuamos la marcha. Se siente el deleite indefinible de la quietud. El cielo límpido, las aguas cristalinas. El paisaje apenas denota la huella del hombre, ya en una estaca, unas trancas o algún papel de cigarrillo a la vera del camino.

Y cuando nos enfrentamos al peligro de un desfiladero, comprendemos cuán insignificantes somos, y cuán dependientes. Se llega al instante en que la vida humana pende de la habilidad de un caballo, de un noble bruto como solemos llamarle con displicencia. Y cuando el escollo es superado, le palmoteamos agradecidos y hasta le conversamos a ese noble bruto.

Esta situación te lleva a reflexionar: ¿entienden los caballos? ¿te escuchan el mensaje? Todo pareciera indicar que sí. Tus gestos, el timbre de tu voz, las palmadas de cariño y hasta tus súplicas, pareciera que las entienden. Y hasta podríamos aceptar lo perplejos que se sentirían cuando tú los apuras, los castigas con tus espuelas, tironeas las riendas y cambias el timbre de tu voz gritándoles desafortadamente. Y ellos, resignadamente, siguen sirviéndote. En la cordillera, así como se estrechan las amistades con tus compañeros de viaje, el vínculo con tu caballo se amalgama en afecto, reconocimiento y buen trato.



Con mis amigos y gendarmes argentinos en el lindero.

La cordillera higieniza el espíritu y la mente. Te renueva el optimismo y la esperanza, domeña el orgullo desmedido y acaba, en fin, con muchas falencias que arrastramos, las que, por ser tan comunes, pretendemos engañarnos ignorándolas. Parece más cómodo. Craso error.

La autenticidad pareciera asociarse a la distancia que media entre lo que realmente somos, sentimos y pensamos, el cómo actuamos y el cómo nos ven. Mientras más estrecha la brecha, mayor autenticidad.

Tampoco se trata de echarnos a morir por esa brecha. Debemos partir aceptando que somos imperfectos. Sólo hay un ser perfecto, tan superior a nosotros que nunca lo alcanzaremos, pero que debe ser el acicate para tratar de reducir las

brechas, las distancias. Cuando estemos empeñados en ese afán, estamos bien, porque para lograrlo es menester asumir una vida de respeto. Respetando, generaremos confianza, participación y entusiasmo por asumir tareas comunes y asociadas. Así acortaremos las brechas.

Pero, ¡cuidado! El respeto no se exige, el respeto se da. Surge de uno hacia el o los otros. Y punto. No está condicionado a la reciprocidad. El respeto es la base del desarrollo humano. Y sobre esto soy honesto. Estos conceptos los escuché de un gran educador chileno y Premio Nacional de Educación, don Gabriel Castillo, de quien tuve el privilegio de ser uno de sus alumnos y seguidores.

Y continuamos el viaje. Sobre nuestras espaldas, los rayos solares caen con fuerza traspasando casaca

y polera. El cuerpo suda. La sombra de tu propia silueta se proyecta como acompañante incondicional.

En una nube de polvo arremolinado por soplos de puelche, llegamos a Las Tragedias, última morada chilena antes de llegar al límite con Argentina. Más adelante sólo se verán las modestísimas chozas de los puesteros. Y continuamos avanzando. En Vado Hondo es necesario volver a cruzar el río Los Sauces, ahora de oriente a poniente. El Vado le hace honor a su nombre y es poco confiable, pues inmediatamente a él se perfila un rápido con grandes piedras. Dos meses más tarde, en el mes de abril, se ahogaría ahí el amigo Nano Valenzuela, el que nos ayudó en los preparativos de la salida.

Cuando supimos de su muerte, tiempo después, indagamos detalles de la tragedia. Durante una rebusca de vacunos en la veranada, junto a otros arrieros, después de unas lluvias tempranas, y cruzando el vado, la yegua que montaba Nano, una alazana mal alimentada, perdió el equilibrio siendo arrastrada por el torrente. Los compañeros de Nano, reaccionando con rapidez, sacaron sus lazos intentando enlazar al hombre que luchaba denodadamente por ganar la orilla. Pero, ya por las mantas que le impedían todo movimiento efectivo, ya por la corriente o el infortunio, los intentos eran todos fallidos.

¡Sólo yo - dijo quien narraba los detalles- pude lacearlo cuando ya las aguas se lo tragaban. Me afirmé en los estribos lo que más pude. Me pasé el resto del lazo por la cintura, tirando con todas mis fuerzas. Pero el torrente del río tenía una fuerza con la que no se podía luchar- continuó el relato. Y como mi caballo estaba dentro del río, también comenzó a perder pie y llegó el momento que mi propia vida corría peligro. El “finao” ya no hacía movimiento. Al final el río me quitó el lazo. ¡Qué diablos! Sería su destino -fue el último comentario de nuestro informante.

Apenas cruzamos Vado Hondo nos recibe una agreste cuesta que exige el máximo esfuerzo de nuestros caballos, que resoplan y sudan. Han quedado atrás La Fragua, El Filo del Macho y Risco Labrado. Llegamos al Cajón González, hermosísimo lugar. Allí enfilamos hacia el oriente. Nos queda una hora de viaje. Apuramos la marcha. A poco andar, un hecho insólito. A campo descubierto y utilizando un añoso arbusto, un solitario hombre desolla una oveja.

¡Ah! Este debe ser un robo, pienso. Y envalentonado por el acompañamiento de mis dos amigos, me dirijo directamente hacia el hombre que, de espaldas, continúa impertérrito su faena. Un quiltro motudo, tal vez excelente arriero, le alerta de nuestra presencia. El hombre gira lentamente y manteniendo en su mano derecha ensangrentada un largo cuchillo, nos espera.

Nuestra pregunta surge seca: ¿y esa oveja estaba muerta? (así no se acusaba en absoluto)

- ¡No!, respondió. Tuve que matarla porque no podía andar. Venía “espiá”. El piño está poco más arriba. Ahí me esperan los demás arrieros.

La tensión pasa. El cuchillo ya no se ve tan amenazante ¡uf! Le consultamos luego sobre el camino y tiempo que nos resta para llegar a Los Moscos.

- ¡Y, una hora, más o menos, responde solícito. Lo dejamos con su faena y tras despedirnos, retomamos la huella.

En Los Moscos se encontraban los puesteros Fuentes y Muñoz, encargados de cuidar el ganado de la Sociedad Blázquez Martínez, en una veranada de más de mil hectáreas. (Según se me ha comentado más adelante, con algunas escrituras a la vista, esos campos pertenecerían desde el siglo XIX a la comunidad Almuna, tradicional familia de Pichirincón que hizo y hace Patria en esas latitudes. Espero que algún día los Tribunales hagan justicia sobre un caso que arrastra décadas de demandas, contrademandas, atropellos y abusos de poder).

En cada viaje que hemos realizado a la cordillera, y son varios, vamos aprendiendo algo nuevo. A saber: cuando llegues a una casa de campo en tu cabalgadura, espera a que te inviten a desmontar; hay que saber

llegar. Al final de una jornada, espera que tu caballo se “enfrie”, luego quitas la montura, a menos que sepas que tu cabalgadura está acostumbrada a que la desensillen de inmediato, mojándoles el lomo con agua fría. Todo esto para evitar el pasmo.

Tras los saludos con los puesteros de Los Moscos, atamos los caballos en un grueso varón, retirando la carga del mular. Después, un reparador baño en las aguas del estero Bueno, para luego degustar un asado de cabrilla acompañados por los anfitriones y un rico mosto.

En la cocina de Los Moscos se conversó esa noche. El humo se acostumbró a nosotros y nosotros a él. Como buenos y nuevos amigos dejamos de molestarnos. Nosotros dejamos de atizar el fuego y el humo se escurrió silenciosamente por entre las hendiduras de los lampazos irregulares de los muros.

Mientras duraron la vela y un milagroso jarro con pipeño, esa noche, un trío de viajeros conversó largo sobre lo humano y lo divino. Desde una pieza-dormitorio-despensa contigua, nuestros anfitriones, dormidos profundamente, a cada cambio de posición en sus lechos de cueros, eructaban groseramente satisfechos.

Afuera, la calma, apenas rota por el balido lejano de un ternero, mientras la luna llena proyectaba las siluetas grotescas de los picachos andinos.



Con la mujer de Ramón Villegas y sus hijos, junto a "Che Viejo" Manuel Sandoval y Marcial Valenzuela. Agachados: Peñailillo, Caupolicán Soldes y Carlos Caro Hernández. Enero de 1976, Laguna Navarrete, Argentina.

Más allá de los lindes

En el instante en que se abandona tierra patria, en la forma que lo hicimos nosotros, se siente algo indefinible. Como que estás desvalido y sin protección. Las leyes de tu Patria no te sirven y las reacciones de quienes pasas a depender, pueden ser las más imprevistas. Por ello, aquel cuarto día de viaje, teniendo como meta llegar a Laguna Navarrete, en pleno suelo argentino, pese a habernos dormido tarde, ya a las seis de la mañana preparábamos alforjas, monturas y caballos. Lucho, una vez más, puso en juego sus habilidades culinarias preparando un caldillo que recibió nuestros sinceros elogios.

Desayunamos y con el optimismo de la mañana, salimos a la huella. Bordeando el río Bueno seguimos la dirección noreste. Al fondo, de acuerdo a las orientaciones dadas por los cabreros, debíamos desviarnos a la derecha para enfrentarnos a un murallón de unos ochocientos metros de altura.

Zigzagueando y casi ilegible (valga el término) se nos ofrece una huellita entre los coironales que ondean sus espigas con la brisa de la mañana. Confiando en la fortaleza de nuestros corceles, arremetemos con la cumbre. Jadeantes y sudorosos, los caballos van “comiéndose” la cuesta. En la cima, desmontamos para refrescarnos un instante.

Reanudada la marcha nos espera una hermosa y verde planicie. Por doquier, centenares de vacunos, miles de ovejas y cabríos, pastan, mientras una tropilla de chúcaros potrillos retoza a nuestro paso.

Algunos metros más adelante nos encontramos con un hito. Traspasarlo significa salir de Chile. Con emoción en esa soledad andina, brota de lo más profundo de nuestro ser nuestro Himno Patrio. Luego el “¡Viva Chile, mierda! brota espontáneo. Brindamos por Chile, por nuestras familias, mientras el puelche azota nuestros rostros.

Laguna Navarrete está a nuestra vista. Un espejo de agua de tres millones de metros cuadrados forma un microclima con flora y fauna propias y cautivadoras: piuquenes (o peuquenes) por cientos, patos silvestres, correntinas, taguas, gaviotas y pidenes disfrutan de la tranquila soledad, incubando entre los juncales ribereños y en unos islotes de intenso verdor.

¡Tanta belleza! Sin embargo, algo diferente se aprecia. Las aguas no son claras y transparentes como en otras visitas. Se ven turbias, más bien plomizas.

Probamos a la pesca ribereña. Luego desistimos. En el agua flotan truchas

muertas y otras agónicas. Con muchas interrogantes encaminamos nuestras cabalgaduras al puesto de Che Villegas, ubicado en el extremo sur de la laguna, donde nace un esterillo.

Ramón Villegas es un chileno avecindado en Argentina hace más de quince años. Allí encontró compañera y tienen dos pibes de diez y doce años. Viven de la crianza y cuidado de un piño de doscientas chivas con el cual emigran en el mes de mayo hacia el Atlántico, para retornar en noviembre a la veranada de Navarrete, vastas extensiones de propiedad del Estado a lo largo de la frontera y que los crianceros arriendan con pagos anuales.

La hospitalidad del chileno es reconocida habitualmente. Pero cuando un chileno residente en otra tierra recibe a un compatriota, los esmeros son largamente superiores.

Junto a Raúl le comentamos a Lucho que años anteriores habíamos ido por esos pagos de Laguna Navarrete con otro grupo de amigos, todos en la onda agradable y placentera de la cordillera. Allí fuimos, en aquella ocasión con mi pariente Caupolicán Saldes Salas, arquitecto; Carlos Caro Hernández, joven estudiante; Marcial Valenzuela Retamal; Raúl Bustos Fernández; Leopoldo Rolando

Peñailillo Urrutia y yo, profesores normalistas todos.

Villegas, luego de reconocernos a Raúl y a mí (fuimos profesores de sus hijos en San Fabián), nos invita a los tres a desmontar presentándonos a su mujer. Ella, de esmirriada figura, acusa en su rostro el rigor de una vida sacrificada, de privaciones, vistiendo un descolorido vestido de color negro que cubre sus famélicas piernas mucho más abajo de la rodilla. No obstante, esa mujercita de aspecto tan desvalido, en su puebla, es una reina.

Ramón no le lleva en zaga. No mide más de un metro con sesenta. Viste con bombacha, a su cuello lleva anudado un pañuelo que se confunde con la camisa descolorida y una chaqueta de grandes carteras que le llegan a las rodillas. Su dentadura, escasa, muestra una sonrisa simpática donde brilla un solitario diente de oro, vestigio de otra época, mientras su rostro enjuto, tostado y reseco por el viento de la pampa, oculta la indefinida edad que de todas maneras supera largo los setenta.

La morada es un complemento ideal. Una pirca de forma cuadrangular son las murallas de la única pieza que es cocina-comedor-dormitorio de no más de ocho metros cuadrados. Unos irregulares maderos constituyen las vigas y sobre ellas ramas secas. El piso, al natural. El mobiliario es exiguo en grado sumo, una mesita roída es todo. Entre las hendiduras

de las piedras de la pirca, unas pocas cucharas y en el gancho de una rama pende una cacerola minúscula. En un rincón, en absoluto desorden, un montón de cueros, parte de monturas, mantas y prendas de vestir. En la parte central, un cerco para el fuego que se mantiene apenas con unas cáscaras de arbustos. De asiento, piedras seleccionadas en los riscos cercanos a las que debemos acomodar nuestras humanidades, mientras conversamos de mil materias con nuestro anfitrión.

Su mujer, diligente, preparaba un asador con un trozo de carne hualán (a medio secar). Pronto el fogón y

todo se inundó de un delicioso olor a asado y de humo.

Mientras se asaba la carne tratábamos de dar respuesta a las inquietudes de Ramón, interesado en conocer noticias de San Fabián: su familia, personas muertas, los que se han ido de San Fabián, los adelantos del pueblo. También pide información sobre un terreno de Las Guardias.

Comenta que se siente viejo, que ya está cercano a los ochenta y que siente el cansancio. ¡Pero hay que trabajar! – dice de inmediato. Hay una mujer y dos pibes que están creciendo.



En el límite con Argentina, el profesor chillanejo Miguel Ortíz, Iván Contreras, el Intendente Vicente Godoy y el Director de Vialidad de Neuquén.

Le consultamos sobre qué ha pasado con la laguna que tiene las aguas plomizas. Responde: ¡Tal vez azufre! ¿Quién le quita que quiera romper un nuevo volcán?, arriesga con naturalidad.

- ¡Imagínese lo que nos ocurriría a los puesteros!

- ¡Parece que dinamitaron la laguna!

- ¡Por eso los peces muertos y el calor del agua!

La conversación continúa. El asado da vueltas y vueltas, dorándose con las brazas generosas de yaqui, arbusto de la zona. Finalmente, mientras los hijos de Villegas juegan con unos pececillos que conservan en una poza, los adultos le hacemos los honores a la carne cuyana.

Afuera, el calor golpea. El piño pasta en los coironales, El campo despejado difiere fundamentalmente del suelo chileno. Los pastizales contrastan con nuestra cordillera montañosa. Mientras en Chile tenemos abundante bosque nativo con la más variada flora, Argentina virtualmente no tiene árboles. Apenas unos arbustos que crecen en manchones en las proximidades de los arroyos. Incluso, y esto lo vimos, puesteros argentinos llevan desde Chile gruesas ramas de roble, peumos y quillayes arrastradas por mulares. Así pasan la temporada de veranadas entre los meses de

octubre y abril, cuando inician el largo viaje hacia los lugares de invernadas, acercándose al Atlántico.

El tiempo ha transcurrido rápido. Debemos iniciar el regreso a Los Moscos. Abrazos sinceros con un hombre curtido por los años y los embates de la vida. Sus ojos delatan la emoción de la partida. Se quedan en la pobreza de su choza de pirca. En su garganta se nota una procesión de saliva abundante, mientras quizás qué de cosas pasan por su corazón y su mente.

Pequeños regalos para el recuerdo quedan de nuestra visita: lienza, anzuelos y cucharillas para la pesca. Nosotros nos traemos el obsequio invaluable de esa espontaneidad y cariño que caracteriza al hombre y a la mujer de cordillera.

El regreso nos parece más corto y el camino mejor. Llegamos a Los Moscos a las nueve de la tarde, con tiempo suficiente para un buen baño y luego un refrigerio.

Cuatro días de viaje, cuatro días cabalgando, cuatro días de recorrer nuestra cordillera disfrutando de su esplendidez y majestuosidad. Cuatro días de disfrutar ese calor y afecto que se gesta en el alma de quienes la habitan.

*Mientras se
asaba la carne
tratábamos de
dar respuesta a
las inquietudes
de Ramón,
interesado en
conocer noticias
de San Fabián:
su familia,
personas
muertas y los
que se han ido.*

Baños Los Moscos

Estamos en Los Moscos, regresando de Laguna Navarrete. Luego de desensillar y refrescar nuestras cabalgaduras, las trasladamos al potrero cercano. Durante nuestra ausencia habíamos dejado el mular atado, aprovechando la sombra en una veguita inmediata. También agregamos el mular a la caballada. Las cuatro bestias, sin apuro, se entretuvieron un rato casi al lado nuestro, disfrutando un tierno pasto a la orilla del sendero. Las monturas sobre un grueso varón. El lazo, las espuelas y el freno quedan colgados en las estacas de los postes de la cocina. Adentro hervía una cacerola...

Apoyados en el varón y la mirada hacia el norte, disfrutamos la tranquilidad de la tarde. Luego se nos agrega Pancho Fuentes, matizando la conversación con su nutrido repertorio de anécdotas. Cuando oscurecía, decidimos darnos un baño, pero termal.

Descendemos los doscientos metros para llegar a las márgenes del Río Bueno (en verano es sólo un estero, pero en invierno...) a cuya orilla está la poza de aguas azufradas que debe tener unos cuatro a cinco metros cuadrados, protegida por una rústica ramada hecha por los mismos veraneros.

La poza debe tener entre sesenta y setenta centímetros de profundidad. Desde el fondo, una constante de burbujas azufradas emerge hacia la superficie. El agua caliente te invita a disfrutarla. Ingresamos a la poza, desnudos naturalmente. Sentados en unas piedras del fondo y con el agua hasta el cuello, constatamos cómo nuestra cara comienza a transpirar y las gotas se escurren por nuestras mejillas.

Veinte minutos es el tiempo aconsejable de permanecer en la poza. Después se te apura el corazón. En aquel viaje, fumador aún, al ingresar a la poza acostumbraba encender un cigarrillo sosteniéndolo entre dos dedos mientras lo fumaba. Cuando se agotaba el cigarrillo, se terminaba el baño.

Tres baños termales nos dimos en ese viaje. La costumbre aconseja que sea número impar. Y así lo cumplen rigurosamente los centenares de bañistas que año tras año acuden al lugar.

La mayor afluencia se produce en el mes de febrero, reuniéndose, fácil, cincuenta o más personas de distintas edades. Se construyen ramadas para dormitorios, otros llevan carpa y los más cómodos se conforman con el reparo de los ñires y otros arbustos.

La actividad en Los Moscos es muy de rutina. Los mayores se establecen en Los Baños y ocupan su tiempo entre cacerolas, asados, juegos de naipes, lectura algunos y las prolongadas conversaciones generalizadas. Allí se vive en verdadera comunidad.

Los jóvenes y los no tan mayores realizan excursiones al río El Salitre, que tiene abundante pesca, otros a rodear el piño por la tarde, o a bañarse en los raudales. Cuando el sol declina, se reúnen jóvenes y adultos, hombres y mujeres, en un claro próximo a los baños, rodeado de robles y manzanos silvestres. Por doquier los asados inundan el ambiente, mientras bajo un manzano se instala una cantora integrante de algún grupo y alegra el ambiente con su guitarra y su folclore.

El vino, apetecido y, por consiguiente, muy controlado, crea afectuosos lazos entre los excursionistas. Por la noche los sonos de la guitarra invitan a bailar un "yugo corto" y los alegres corridos de Guadalupe del Carmen. Risas, brindis, música y carcajadas se esparcen en la inmensidad y quietud de la cordillera nocturna. Entre los ñires, las promesas de amor se confunden con el susurro de las aguas cristalinas que bajan por el río Bueno.

Así se vive en Los Moscos: risa



espontánea y franca, canto que se expande como un eco por los cañavones. Coloquio de la luna llena...

¿Por qué se viaja a Los Moscos? Unos, confiados en la efectividad de sus aguas medicinales, otros por pasear y conocer, otros por ambas razones. Pero un común factor es indiscutible. El embrujo de la cordillera.

Nuestro quinto día lo pasamos en Los Moscos. El paraje está desierto aún. Aprovechamos esta circunstancia para hacer nudismo y tostarnos confiadamente luego de lavar algunas prendas de vestir.

Una vez más Lucho dio muestras de su habilidad para jugar “tele”. Por la noche hicimos recuerdos de una tormenta que en ese lugar tuvimos que vivir hace unos años.

Las tormentas cordilleranas no son para olvidar: truenos, rayos y relámpagos, granizos de hasta dos centímetros, aluvión que asusta. Miras los cerros y pareciera que se trizan. No recuerdo algo que se le asemeje y espero no vivirlo otra vez.

Por otro lado, cuando vayas a Los

Moscos, no temas por los aperos, la carne o los recaudos. La gente es honradísima. Nada se pierde, pero en forma muy misteriosa la cuntra del vino baja desmesuradamente rápido. En un viaje anterior “volaron” unos diez litros. Ahora, en este último, fueron como cinco, nada más. Y qué falta hacen después.

Y no intentes investigar. Te dirán que el “chupa cabra”, que un “culebrón gigante”, que la evaporación es muy rápida en la cordillera. Otros dirán que es la tradición y otras triquiñuelas mientras las miradas de complicidad se entrecruzan entre las personas mayores.

Nosotros ya estamos aprendiendo la lección. Todo consiste en “huellar” el escondite de las cuntras que cada grupo tiene. En suma, es una “simpática tradición”, mientras le toque a otros.

Algunos, que creen que no se les escapa nada, han llevado cuntras con candado. Nadie sabe cómo, pero esas lindas cuntras se “pinchan” casualmente con alguna estaca filuda e igual se pierden unos litros de vino. Donde hay uno, hay otro – dijo un viejo socarrón.

Dos carretillas de hilo negro, según el Prefecto.

Cajón González, un lugar inolvidable

El regreso de Los Moscos a Pichirincón lo programamos en dos etapas. La primera detención sería en Cajón González para, por la tarde, irnos a la casa de Jecho Sandoval, en Pichirincón.

Muy de madrugada salimos con Raúl en busca de la caballada en uno de esos potreros de un centenar de cuadras. Con nuestros lazos prestos con la armada caminábamos en dirección de la tropilla. De improviso, nos encontramos de frente, tras un lomaje, con tres jóvenes cuyo atuendo acusaba a las claras su procedencia urbana, confirmado luego a través de la conversación.

Cuando supieron que de inmediato regresaríamos a los baños, nos acompañaron, llevando de las bridas a los caballos que se entregaron mansamente a nuestro requerimiento.

Compartimos en el puesto un rápido desayuno.

Más de alguien se preguntará ¿por qué invitamos unos muchachos que no conocíamos y que hasta podían tener malas intenciones, como quitarnos los caballos, robarnos o hacernos cualquier cosa?.

La respuesta está en la maravilla de la cordillera. Te invita a purificarte, a disfrutar de la profundidad del azul de cielo, de las aguas cristalinas de

los riachuelos, del aire y la quietud, donde lo fundamental es lo básico. Observar el paisaje, escuchar el trinar de un pajarillo, viajar de una estrella a otra en una noche de quietud, conversar escuchando y mirando a tu interlocutor, concentrado en lo que dice (puede tener la razón en lo que se discute.) Y algo más, una persona que va a conocer la cordillera, su paisaje, su flora y su fauna, a conversar con la gente, es una persona buena de adentro. No hay que temer.

Conversar, escuchar, preguntar, opinar, compartir un café caliente con un trozo de tortilla, son cosas básicas y fundamentales en el desarrollo humano, donde la interacción enriquece y te abre puertas nuevas para potenciarte. Eso fue lo básico y fundamental que Raúl, Lucho y yo supimos de nuestros circunstanciales visitantes.

Se trataba de un grupo de cinco integrantes del Club ANDESKI de Talcahuano. Habían salido siete días antes de las Termas de Chillán. Una travesía por pura alta cordillera. Caminaron por la zona del volcán, llegaron a Aguas Calientes, Carrizal y Chacayal, cruzando luego por el río Ñuble, siguiendo por Los Sauces, Pichirincón y Cajón González, hasta llegar a unos cuatro kilómetros de Los Moscos, la tarde anterior. Sin conocer la ruta, acamparon a la orilla

del río, donde pernoctaron. Muy de mañana, los tres más madrugadores, continuaron, hasta encontrarse con nosotros.

Luego del desayuno, nuestros circunstanciales visitantes fueron a conocer los famosos “baños Los Moscos”. Esperaban encontrar residenciales y sólo encontraron la ramada rústica de la que hemos conversado.

Emprendimos el regreso hacia Cajón González. Nosotros en nuestras cabalgaduras, los muchachos a pie, con buen tranco, algunos adelante, otros, tras nosotros. Nuestro mular cargaba sus mochilas más pesadas.

En Cajón González se produce la confluencia de los ríos El Salitre, que viene de los límites con Argentina, y el González, que viene del norte dando ambos nacimiento al río Los Sauces.

El sector, con un coqueto río que en verano es un encanto, con raudales y pesca a la vista dado lo cristalino de las aguas, sombras de una roblaría con tupido follaje, abundante pasto verde para la caballada, invitan a acampar.

Ahí acampamos. Hubo pesca, nudismo y merienda a la que se agregaron los cinco jóvenes de Talcahuano.

Uno de los tramos del río, de unos cien metros de largo, es despejado y sin pendiente, permitiendo la formación de una piscina natural maravillosa. Unos quince metros de ancho por el largo ya dicho y con una profundidad media de un metro y medio.

Una suave y leve corriente te lleva aguas abajo. Regresas, o nadando contra la corriente o saltando de piedra en piedra aprovechando las playitas que se ofrecen en la ribera.

Allí pasamos varias horas. Disfrutamos del sol y del agua. En el reparo de unas rocas se encendió fuego. Luego, por el aire se esparció un irresistible olor a asado de chivo que abrió rápidamente el apetito de la caravana. La caballada, satisfecha, se estaba bajo los robles.

Tal es la tranquilidad en ese sector que en todo el tiempo que estuvimos allí, sólo dos personas, puesteros ambos, pasaron por el lugar al tranquilo tranco de sus cabalgaduras. El último, un hombre de apellido Pincheira, y con varios años de edad, nos ayudó a arreglar la carga y a afianzar adecuadamente el mular cuando quisimos partir.

En la conversación con nuestros nuevos aliados de la ruta, los excursionistas choreros, fuimos conociendo sus nombres: Silvino Fernández Reyes, funcionario de la Gobernación Provincial de Concepción; Rodolfo Muñoz Urrutia,

profesor y jefe del grupo; Guillermo Burgos Hernández, profesor, y los estudiantes Lorenzo Sotelo Macaya y Eduardo Venegas Fierro. Donde quiera que estén, valga este recuerdo para ellos.

A la sombra de los robles, conversamos la sobremesa. La palabra la tuvieron los del litoral: maravillados de la experiencia. Ellos, procedentes de las riberas del Océano Pacífico, por largo tiempo abrigaban la idea de conocer la cordillera de Los Andes, sus nevados, sus ríos, su paisaje, su gente sus costumbres y tradiciones. Por ello fundaron la agrupación ANDESKI.

Decían entusiasmados: estas vacaciones van a ser inolvidables. Hemos caminado doscientos kilómetros. Lugares sensacionales, cumbres imponentes, ríos muy riesgosos y peligrosos como el Ñuble, que nos tuvo en serio peligro al cruzarlo. El uso de cordeles, garrochas y el estar siempre próximos unos de otros, nos permitió salir airosos, pero muy asustados. Estuvimos en la Laguna Chacayal. Silenciosa, imponente, con juncales y carrizales en sus orillas la hacían más misteriosa. Taguas, correntinas, patos silvestres se escondían y salían de entre los carrizales, curiosos con nuestra presencia. En unos islotes, los piquenes, indiferentes, retozaban en los pastos verdes.

- En nuestras conversaciones con los lugareños - comentaban nuestros

amigos de Talcahuano- supimos que ellos, como veinte familias, sólo viven en ese fundo llamado Chacayal, y que es tan grande que llega a los límites con Argentina. Tiene como treinta y ocho mil hectáreas. Sus dueños son una familia santiaguina, de apellido Saavedra.

- Pero, agregaban los lugareños: Nuestros abuelos, nuestros padres y nosotros y nuestros hijos, hemos nacido en este fundo. No sabemos de otro lugar donde poder vivir. Acá nos daban permiso para criar y hacer siembras, ayudándoles a los patrones en los rodeos, apartas y traslado de su ganado. Todo era bueno para nosotros. Pero cuando llegó la familia Saavedra, las cosas cambiaron. Primero dispusieron que todos teníamos que irnos del fundo. Finalmente las autoridades no lo permitieron y nos quedamos, pero ahora con todo en mediería.

- El caballero Saavedra, don Hernán, era una buena persona. No nos hizo problemas. Lamentablemente se enfermó y no mucho tiempo después, falleció, siguiendo sus hijos a cargo del campo.

- Don Hernán tenía un gran sueño: quería hacer un camino desde las Termas de Chillán hasta el río Ñuble, donde se construiría un gran embalse, el Punilla, que acumularía seiscientos millones de metros cúbicos de agua en un tranque con un espejo de agua de mil cuatrocientos hectáreas. Con este embalse se regarían ochenta

mil hectáreas de suelo agrícola de las Comunas de San Carlos, San Nicolás, San Fabián, Ñiquén, Chillán y Coihueco.

- A través de ese camino- decía don Hernán- traería turistas extranjeros y nacionales, desde las Termas de Chillán al Embalse Punilla, el que quedaría ubicado treinta y cinco kilómetros al oriente de San Fabián, donde practicarían la pesca, deportes náuticos. También disfrutarían la gastronomía de San Fabián, donde destaca el asado de chivo preparado por las manos expertas de nuestros varones cordilleranos.

- Otro anhelo, sueño o utopía de don Hernán, era introducir el ciervo rojo a su fundo. Y estaba dispuesto a cercar el fundo con malla bischocho de tres metros de altura. Así tendría un coto de caza de ciervo rojo en su ambiente natural.

- Lamentablemente don Hernán Saavedra falleció. Pero sus sueños y utopías quedan a la espera de otro soñador emprendedor.

Y continuaban entusiasmados nuestros amigos de ANDESKI. Nosotros, con Raúl y Lucho, escuchábamos:

- En Chacayal, prosiguió el jefe del grupo, conocimos a don Eduardo Navarrete, con su eterno cigarrillo en la comisura de sus labios. Estaba con su familia. Nos contó que antiguamente hacían rodeos de verdad. Armaban una medialuna

rústica, con puro nativo seco, arrimada a los robles que había por millones. Mientras marcaban los animales vacunos, los jóvenes hacían sus atajadas en la novillada. Los mayores, a cargo de marcar, calentaban en el fuego las marcas de hierro de los patrones y que estaba registrada en la Tesorería Comunal de San Fabián. Los animales eran enfilados a una manga y uno a uno les quemaban el anca con el fierro caliente. Salía olor a pelo quemado, y también a carne, junto a los alaridos de los brutos. Esas faenas terminaban con hartos asados y vino, junto a las ricas tortillas de rescoldo y pebre cuchareado preparados por las mujeres, mientras una de ellas, junto a su guitarra, daba inicio al baile entre chanzas, gritos y bromas. El ganado, ya marcado, pastaba tranquilamente, ya olvidados del dolor del marcaje.

Silvino, el de la Gobernación de Concepción, acotó que a él le impresionaron las mujeres de Chacayal. Por el atractivo de sus rostros morenos, por su sonrisa espontánea y por la agilidad al montar sus caballos en montura de mujer, es decir, con estribo sólo al izquierdo, mientras la pierna derecha va enganchada a parte del arzón, que le produce una sensación de mayor seguridad. Por recato, un amplio faldón cubre la pierna.

- ¡Quise experimentar el montar sobre esa silla, continúa Silvino. Lo hice. Me sentí inseguro, casi a punto de caer. Afortunadamente el caballo era manso

*Una suave y
leve corriente
te lleva
aguas abajo.
Regresas, o
nadando contra
la corriente
o saltando de
piedra en piedra
aprovechando las
playitas que se
ofrecen en la
ribera.*

y me libré de hacer el ridículo. Pero no logré salvarme de las bromas de las jóvenes que se reían descaradamente y hasta me silbaban.

Los jóvenes Sotelo y Venegas también hicieron su aporte a la conversación:

- ¡Cuando cruzamos el río Ñuble, donde la vimos de miedo, acotó uno de ellos, llegamos a la Avanzada de Carabineros Los Robles. Cortesmente nos recibieron los uniformados, aunque a decir verdad, vestían camisetas, bototos sin abrochar, mientras, con un balde sacaban agua de un reguero, esparciéndola por el patio para evitar el polvo del verano. Hay una familia que vive en el lugar, un matrimonio con cinco hijos, tres damas y dos varones. El dueño de casa, don Nano Benavides, hombre moreno, regular estatura, cuerpo vigoroso y muy cordial, nos invitó a quedarnos por la noche. ¡Con esa cara de cansados, no llegan a ninguna parte! –comentó - ¡Instálense bajo los perales. El raudal del río Las Truchas está aquí en el bajo. Después me acompañan a probar un asadito junto a mi familia y los amigos de la Avanzada! – recitó, aunque parecía una grata orden.

- Contestamos afirmativamente. Fuimos al raudal y más tarde, refrescados, los cinco acudimos a la invitación. La tarde se estaba yendo tranquilamente. Saludamos a la esposa de don Nano y a su familia. Los varones eran adolescentes, de

quince años. En una mesita próxima estaban las jóvenes, cuchicheando entre sonrisas y miradas furtivas. Preparaban una ensalada, mientras el asado, dorándose, daba vueltas y vueltas ante todas las miradas ansiosas.

-Todo estuvo agradable: la conversación, las anécdotas, las bromas, el asado. Todo. Pero, dijo Venegas, esa noche y perdonen mi franqueza, me costó dormirme. Se me cruzaban y volvían a cruzar las miradas de un par de ojos profundos enmarcados en un rostro angelical. Durante el asado, quedamos próximos con las jóvenes. Supimos que estudian en el Liceo de San Fabián. Que durante el año ellos, los cinco hermanos, se van a San Fabián, a casa de una tía, mientras estudian. En vacaciones, regresan a El Roble. El papá es el administrador del Fundo Roble Huacho, que es parte de la gran Hacienda Chacayal. La chica de los ojos morenos y penetrantes se llama Gabriela. Me enamoré. Eso pienso yo.

La reacción del grupo tuvo matices diferentes. Sus compañeros de viaje respondieron con chanzas y palmoteos. Nosotros, mayores, aplaudimos su espontaneidad.

.....

La tarde, entre tantos relatos y comentarios, se nos iba. Y teníamos que llegar donde Jesús Sandoval Valdés, nuestro común amigo que en el viaje de ida nos atendiera

magistralmente en Pichirrincón.

Acomodando las cinchas de nuestros pingos, nos metimos a la huella. De pasadita estuvimos en casa de Núñez, en Las Tragedias, un hermoso valle de la confluencia de dos ríos. Allí gentilmente nos sirvieron cerezas.

A Pichirrincón llegamos como a las ocho de la tarde. El sol sólo alumbraba los picachos del cordón montañoso del oriente. Nuestros ocasionales compañeros de viaje se quedaron poco antes de llegar donde Jecho, en casa de Arcadio, con quien habían hecho amistad en su viaje de ida.

Suerte la nuestra de tener buenos amigos. La señora de Jecho, doña Teresa Almuna, nos esperaba con un caldillo de vacuno y empanadas fritas. Esa tarde, nosotros vaciamos la cuntra. Después, los reposados mates que entre sorbo y sorbo amenizan la conversación que se va comiendo las horas.

Al frente de la casa de Jecho, para el oriente, al otro lado del río, se encuentra la Avanzada de Carabineros. Durante el día alcanzas a divisar la bandera nacional que flamea airosa, jugando con la brisa cordillerana. De noche, las luces de una lámpara Petromax despide millones de rayos. Algunas rebotan en la frondosidad de los robles y cipreses, otros alumbran hacia el infinito. En el bajo, el río platea entre las rocas.

Hacia la querencia

Nuestra última etapa la iniciamos temprano. Los caballos habían pasado la noche en un potrerillo. Para ir a buscarlos era menester caminar una cuesta de unos doscientos metros. Los tres le estábamos sacando el cuerpo a la caminata. Al final, Luchito, hijo de Jecho, fue quien llegó con la caballada, ayudado por Rosa, una de sus hermanas.

Preparar la carga fue fácil. Se trataba de mantas, sacos de dormir y otras prendas personales. Ya no quedaba vino en las cuntras y lo comestible se había agotado, salvo la bolsa de la harina tostada que de vacía pasó a estar más de media. La mano cariñosa de la señora Teresa estaba presente.

De soborno ubicamos unas tortillas calientes que la dueña de casa había hecho de madrugada. ¡Para el camino!, dijo.

Por otro lado, Jecho colocaba en nuestras alforjas no menos de tres kilos de charqui de vacuno. Así, sencillito, es el amigo Sandoval.

Nosotros, resignados, nos vimos en la obligación de aceptar. No hacerlo habría sido una descortesía. ¡La suerte de los pobres viajeros!

Y pensar que cuando Mimí, la esposa de Raúl, lo despedía el día de la salida de San Fabián,

exclamaba preocupada: ¡Llévate unas conservitas, Raúl! ¡No vayan a pasar hambre! ¡De seguro van a regresar flacos y hambrientos!

Esa mañana desayunamos opíparamente en Pichirincón: caldillo, asado y mate, retrasando un tanto la salida. Adelante iban los amigos de Talcahuano. Quedamos en el acuerdo de encontrarnos en Los Sauces, en casa de Marcial Sandoval, frente al carro de Vialidad, único medio para cruzar el río en los meses de Invierno. Las mochilas pesadas las llevaba nuestra mula.

Y fue el noble mular quien abrió la marcha con buen tranco.

La mulita ya me es familiar. Su propietario es Chito Sandoval y es ésta la quinta o sexta vez que me la facilita, junto al Mulato, que monto.

El Mulato es un caballo ya entrado en años (debe tener unos veinte). Es alto, de buenos remos, tranquilo mientras puntea la marcha del grupo. Sus remos van marcando con monótono ritmo un vaivén cadencioso, interrumpido por las irregularidades de la huella cordillerana.

Al Mulato le tengo plena confianza. Ya nos conocemos. Él sabe que no le castigo. No es necesario. Nos complementamos. Mis ochenta y

tantos kilos no le incomodan; en los vados salgo siempre con mis botas secas. Si desmonto, él se queda tranquilo.

Esa mañana nos alejamos de lo de Jecho y, por consiguiente, de Pichirincón, ese sector donde la principal actividad productiva es la crianza de chivos y algunos caballares y vacunos. A lo sumo deben vivir por esos pagos unas veinte familias. Nos llevamos el grato recuerdo de una familia muy acogedora: Jecho Sandoval, su esposa Teresa Almuna y sus hijos, todos estudiando en San Fabián. Todos merecedores de nuestra gratitud y afecto, no de ese momento, sino forjado en el contacto sostenido durante quince años de viajar a la cordillera.

Adelante nuestro, la huella entre piedras y camino polvoriento, nos recibía con el abrazo caluroso del mediodía. Y lo que habíamos andado cinco días antes en dirección noreste lo estábamos desandando ahora. Nuestros corceles, conocedores de la huella, apuraban el tranco atraídos por la querencia. No era necesario el uso de las espuelas.

Es increíble cómo va uno acostumbrándose. Se habitúa totalmente a la cabalgadura. El cuerpo ya no se reciente y hasta se adecúa al balanceo del caballo. Sobre aperos, terminamos identificando

cada cuero y cada pellón y el lugar que le corresponde. Ya no olvidamos la chupalla y tampoco las espuelas. El sol golpea verticalmente. La huella ofrece algunos lugares sombríos, los que aprovechamos para refrescarnos secando el sudor con la manga de la camisa.

Poco más adelante, una cascada rodeada de helechos nos invita a descansar. Ahí volvimos a encontrarnos con los muchachos de Talcahuano.

Mientras los caballos beben el elemento vital, echamos mano a las alforjas donde está la harina tostada.

Antes, soltamos la cincha a los mancos. El bayo que monta Lucho Lepe es un bonito ejemplar. Una línea negra delimita sus ancas, lo que le da cierto aire de categoría. Su cabeza, pequeña y fuertes pechos denotan sangre criolla, de los corraleros.

Raúl, por su parte, monta una linda yegua colorada. Animal firme para la huella, de buen tranco, mansa y de confianza.

Todo es deleite, el lugar refrescante, el día pleno de verano soleado, paisaje montañoso de frondosos árboles, copihues que te saludan al pasar. No hay mejor lugar del mundo donde luzca mejor un copihue que su propia copihuera. Así lo entendimos todos.

Prolongamos unas horas la estada

para capear el fuerte sol. Sobre un mantel, ya no tan limpio, se colocó la merienda: charqui de vacuno, tortilla deliciosa y harina tostada con un poco de azúcar. Los ocho compartimos las atenciones de Jecho y Teresa.

Saciada el hambre, profundizamos en la conversación. De vez en cuando alguno se servía agua con harina o simplemente agua de la vertiente generosa.

Uno de los profesores de Talcahuano, comentó la singularidad del nombre Las Tragedias.

-¿Usted sabe del origen de ese nombre?, me pregunta.

- ¡Sí!, le respondí. En un viaje anterior, con Raúl y otros amigos, pernoctamos en ese lugar. Los dueños de casa, la familia Núñez, eran los últimos chilenos que vivían durante todo el año en esos parajes. Recuerdo que acampamos bajo unos frondosos peumos.

Íbamos, en esa oportunidad, además de Raúl y yo, con José María Marabolí López, gran amigo, mi querido primo Enrique Iribarra Muñoz, más conocido por Kilo y el quinto integrante Manuel Acuña Cano, amigo de todos y conocido empresario del comercio sancarlino.

Después de los consabidos baños en el estero del lugar y tras compartir un delicioso asado, comentábamos lo hermoso del paraje: el Estero Las

Tragedias de aguas tranquilas y cristalinas, que nace en el oriente y desemboca casi perpendicularmente en el río Los Sauces, las planicies sombrías con lleuques y otros árboles menores. Una rústica empalizada alrededor de la choza que habita la familia Núñez da espacio para un huerto básico para proveerse de verduras y al lado el corral de las chivas. Cada año hacen el cambio, de manera de tener siempre un terreno bien abonado para sembrar papas, betarragas, cilantro, perejil, zanahorias, porotos y arvejas, plantar cebollino y tomate.

Desde la quietud de nuestra ubicación, se escucha a lo lejos la caída del estero al río. Allá fuimos con la curiosidad y nuestros aperos de pesca.

El lugar, impresionante, un raudal con una playa que atrae y unas rocas que producen unas correntadas menores. Allí dirigimos nuestros anzuelos y carnadas. En poco rato capturamos una docena de truchas arcoiris de regular tamaño. Junto a los dueños de caza disfrutamos pescado frito y asado. Núñez, el dueño de casa, resultó ser maestro para prepararlos asados, envolviéndolos, luego de salarlos, en papel mojado extraído de una bolsa de azúcar y luego en el rescoldo.

Mientras disfrutábamos este rico manjar de río, la dueña de casa nos comentó, a propósito del nombre Las



Un gran grupo: Caupolicán Soldes Salas, yo, Carlos Caro Hernández, “Che Viejo” Manuel Sandoval, Marcial Valenzuela Retamal y Raúl Bustos Fernández, mi más frecuente compañero de viajes.

Tragedias, que antiguamente, tal vez doscientos años atrás, la zona era una reducción indígena donde vivían unas cincuenta familias, además de algunos criollos aquerenciados o huyendo de la justicia chilena por robos o contrabando.

La vida la pasaban sin problemas. El río les daba abundante pesca, con sus trampas cazaban liebres y conejos y criaban algunas chivas. En Los Sauces, mediante trueque, se proveían de harina, sal y otras faltas, además de lo que traían de Argentina.

Después de un duro y nevado invierno, una noche se desprendió del cerro próximo una gran maza de nieve que arrasó con varias chozas, donde murieron adultos y niños. A la mañana siguiente la escena era desoladora: destrucción y muerte de alrededor de veinte personas. Fue una tragedia y hasta el día de hoy se recuerda la aciaga noche aquella. Los sobrevivientes emigraron el año siguiente. Pero es frecuente que los arrieros que cuidan ganado más al interior, y que suelen pernoctar bajo los lleuques en ese sector, escuchen durante la noche llantos de niños y quejidos de adultos. Son las animitas, comentan.

Pero todo, las penas y las alegrías se van perdiendo en el tiempo. Quienes las han vivido, no pueden dejar de herencia la intensidad de una pena o de una alegría.

El tiempo es inexorable.

Hoy, Las Tragedias invita al turista y a quienes van hacia Los Moscos a detenerse y acampar. No se puede renunciar a esa maravilla de lugar. Ahí están los vestigios de tiempos pasados.

Al terminar, con Raúl asintiendo, me percaté que los seis restantes viajeros ponían atención e internalizaban mi relato como ejemplares alumnos.

Las horas de mayor calor habían pasado. Reanudamos la marcha de regreso del noreste hacia el suroeste, siempre bordeando la ribera poniente del río Los Sauces.

Cruzamos por Quebrada Oscura. Más adelante están Las Barrosas, pronunciadas cuevas que en pocos minutos nos alejan del río. Desde lo alto podemos observar cómo estamos cien metros más altos, y cómo el río serpentea siguiendo las irregularidades topográficas.

Por el lado oriente del río se divisan algunas casas, separadas por cuerdas y hasta kilómetros. Durante ocho meses del año, todas estas familias, para poder llegar a San Fabián, deben viajar hacia el norte hasta llegar a Pichirincón. Allí cruzar el río por el puente artesanal del que ya les hablé. Y luego enfilarse hacia el surponiente, tal como vamos ahora por la huella.

*Al alba, cuando
clareaba el
nuevo día,
descubrí que
mi Mulato, el
mismo de este
último viaje, me
había dejado
de a pie.*

En casos de apuro, algunas familias tienen una beta que cruza el río de lado a lado. Por ella, los varones jóvenes, colocándose un cordel en la cintura y en las piernas, y ayudados por un garfio parecido al de las carnicerías, se cuelgan en la beta y ayudados con sus manos, cruzan.

La cabalgadura, indispensable, la echan al río, en un vado o raudal mientras otro la tira o dirige del lado opuesto.

Las horas han transcurrido tranquilamente. Llegamos a Los Sauces, al Cajón o Carro de Vialidad. Logramos contactar al dueño de una camioneta, conocido nuestro, quien, a su regreso a San Fabián llevaría a los muchachos de Talcahuano.

Nos despedimos con efusivos abrazos, como conocidos de toda una vida (embujo de la cordillera). Nosotros vadeamos el río y continuamos a casa del amigo Chito Sandoval.

La casa de Chito, con su madre, doña Juanita, además de Lola, su hermana, su sobrina Eliana y Quique, es de puertas abiertas siempre. Los perros están acostumbrados a que llegue gente todos los días: lugareños, familiares o gente como nosotros, de visita.

Así es la cordillera. Casas amigas como la de Marcial, hermano de Chito Sandoval, donde los Valenzuela,

donde Arturo, los Almuna. Por otro lado Juan Fuentes, en el Ciprés, la familia Olave, Mario Valenzuela, los Muñoces y tantos otros que he visitado en viajes anteriores.

Donde Mario Valenzuela tuvo oportunidad, hace años, de pasar un 20 de enero, fiesta de San Sebastián de gran fervor religioso para la Octava Región del Biobío.

La cosa fue en grande. De los más distantes puntos de la zona fuimos convergiendo en la casa de Mario, al lado oriente del Puente El Inglés, un tanto hacia el norte.

Llegó gente de El Roble, de Los Mayos acudieron los López en caravana. De Chacayal, de Camán, de Pichi y El Caracol llegaron rostros conocidos y amigos. Mario tenía que cumplir una manda y consistía en atender a todo quien llegara a celebrar la fiesta del 20. Para ello tenía ofrecido un lindo novillo, al que, de acuerdo a la manda, había “que darle” hasta que se acabara la carne.

Nosotros llegamos la tarde del día 19 junto a otro grupo que fue creciendo en la huella. No he tenido oportunidad de ver una cosa similar. En la cocina, las mujeres se iban turnando para hacer el pan amasado o las tortillas, y también las tortas fritas. Bajo una sombra frondosa de un roble unas cacerolas despedían olores agradables, mientras por otro lado, los hombres mayores se encargaban

de ir haciendo girar el mate con los amargos.

Carne, cazuela, asado, ensaladas, mate, tortas, mote, pan dulce, mistela, tinto y del otro estaban a disposición. En un rincón estratégico un tocadiscos portátil que llevó la profesora Juanita Montesinos, amenizaba la fiesta con corridos y “yugo corto”.

Las muchachas, y eran varias, abrazadas por el embujo de la fiesta, despedían sus miradas coquetas y pasos cadenciosos. Pronto, los mocetones entraban al juego de las miradas y sonrisas prometedoras.

La tarde y la noche pasaron entre brindis, comidas y charlas en aquella fiesta de lo de Mario Valenzuela. Y no se crea que Mario es un hombre mayor. No, señor. Cuando esto ocurrió Mario debe haber tenido unos treinta años. Gran hombre. Derecho, casado y con familia. Hombre de todo trabajo, diría yo.

Al alba, cuando clareaba el nuevo día, descubrí que mi Mulato, el mismo de este último viaje, me había dejado de a pie.

El noble bruto, cansado de estar más de doce horas atado a un barón, con astucia se sacó el freno y, lentamente (me imagino) cubrió las dos leguas que separan la casa de Mario de la de Chito, en Los Sauces.

El regreso lo hice enacado, entre bromas del grupo. Ya en lo de Chito, divisé a mi Mulato, ensillado, comiendo tranquilamente el pasto tierno a orillas de un reguero.

.....

Siempre doy gracias a Dios por conocer a toda esta gente y agradezco esa acogida que siempre me han dispensado junto a mis amigos con quienes comparto estas experiencias riquísimas.

Y entre las mujeres que debo mencionar está la señora Juanita, madre de Chito. Ella, mujer de avanzada edad, me dispensa su cariño, también para mi esposa e hijos con quienes he llegado a su casa en otras temporadas

Es la primera en levantarse a encandilar fuego. Junto a ella, Lola y su nieta Eliana. Por todos lados corretea Quique, otro nieto de doce años, mientras Chito y algunos trabajadores y medieros faenan, ya en la cosecha del trigo, regando la chacra, cerrando pasos en los potreros, etc..

Doña Juanita es la que manda en la casa y Chito en las faenas del campo. Ella es quien nos invita a desmontar.

Pronto, manos diligentes han preparado la mesa que está bajo una ramada. Un mantel blanco, tres cubiertos y una cazuela de gallina que resucita muertos.

La tarde transcurre alegre y matizada. En complicidad con Raúl, Quique ríe recordando mi caída con la Patas con Brote.

Chito continúa su faena de guarda de trigo en unos cajones tremendos. Nuestra ayuda no se hace esperar. Ahí comprobamos cuánto pesa un saco de ochenta y que no es tan jauja portarlos, como ver portarlos.

Alegres, cansados y sudorosos terminamos el tratito. Un reparador baño en el brazo del río que pasa cerca, nos restablece junto con el fresco de la tarde.

Con Raúl y Lucho, deportistas los tres, caminamos extasiados disfrutando del paisaje, repuestos del acarreo de sacos.

.....

Al llegar a la casa nos encontramos con otras visitas. Desde lo de Lara, y caminando, ha llegado Tito Rojas, amigo nuestro, junto a Carlitos Leiva y Tomás Muñoz, ambos funcionarios del Servicio de Salud. Completa el cuarteto, el amigo y profesor sancarlino Nelson Soto Candia. De otro lugar del río llegan Lucho e Iván Gaete. Traen una linda sarta de pescado. Con Lucho Gaete, que recientemente se ha titulado de médico, nos hemos encontrado otros veranos en Los Sauces. A su hermano, mi tocayo Iván, hacía años que no lo veía. Reside en la capital.

Con la entrada de la noche once hombres platicábamos alegremente alrededor de una fogata: nueve foráneos y dos dueños de casa: Chito y su sobrino Tono.

Doña Juanita, trae de su pieza dormitorio una garrafita de cinco litros de Vino Collipeumo que nos ha estado guardando, sin que sepa Chito, desde nuestra pasada hacia Los Moscos. Carlitos Leiva, por su parte, le “saca el viento” con frecuencia a una de las cuntras de su grupo. La conversación va entonándose.

En tres oportunidades el asado desfiló alrededor de la fogata. Cada uno va sirviéndose a su gusto. Finalmente, el asador con carne reposa al lado de la fogata que ya ha amainado su intensidad. En el mango del asador cuelga un mantel de uso colectivo.

Por un rato, con Carlitos Leiva, Raúl y Lucho hacemos grupo junto a una banca recordando anécdotas de cuando él era conductor de un colectivo a San Fabián. Tiempo aquel que amanecíamos jugando Telefunken en el patio de mi casa, en tiempo de verano.

Carlitos es un buen amigo que no pasa desapercibido. Mide un metro con noventa y tantos centímetros, pesa 120 kilos y su calzado debe mandarlo a hacer en forma especial.

Como todo gordo, es jovial y buen

amigo, conversador y bueno para las bromas. ¡Ah! ¡Y de una suerte para la pesca así como para la caza!.

La conversación se generaliza. Una guitarra irrumpe, suenan las cuerdas, pulsadas por las hábiles manos de Tito Rojas, hermano de Checho, el de Los Angeles Negros. Pronto estamos cantando temas románticos, tradicionales y folclóricos.

De no sé qué parte aparecen unas botellas de whisky. El líquido lo echamos a una bota española la que empezó a rotar en el ruedo. Los hermanos Gaete, según pudimos comprobar más tarde, se encargaban de reemplazar los envases vacíos.

La noche se perdió en el infinito y nosotros en ella...

.....

La mañana siguiente, madrugamos. Desayunamos en la cocina acompañados de doña Juanita. Calentamos el asado de la noche anterior y luego mateamos. Ensillamos y dimos comienzo a la última etapa, el regreso a San Fabián. La querencia es fuerte. Y no lo digo sólo por los animales. Atrae como la montaña.

De Chito nos pasamos a despedir a su pieza. El resto dormía...En la cocina se escuchaba a las otras mujeres. Nos despedimos de cada una de ellas con mucho afecto.

Afuera, Quique se desperezaba sentado en la cama de una carreta donde había dormido entre pellones y mantas.

Viajamos sin detenernos más de lo indispensable. En El Caracol, saludamos a Andrés Leiva y Jaime Venegas, colegas. Ahí estábamos comentando el acontecer de la semana y que para nosotros era todo novedad, cuando hacen su arribo Carlos Cuevas Jaque y José Mora Llanos, colegas e instructores de montaña, procedentes de San Fabián y caminando como es su costumbre.

Nuevamente a la ruta.

Arribamos a San Fabián pasado el mediodía. Tuvimos un día nublado y sin calor. Ideal para el viaje y, más aún, después de la convivencia de la noche anterior.

El abrazo con tus seres queridos pone punto final a siete días de un viaje inolvidable.

Hemos realizado muchos viajes a la cordillera, en distintos grupos. En la mayoría hemos viajado con Raúl Bustos (¡buen gaucho!, como diría Güiraldes)

Cada uno de esos viajes tiene su propio sello que lo hace inolvidable. Y va engrosando el álbum de nuestras vidas...



*Siempre doy
gracias a Dios
por conocer a
toda esta gente
y agradezco esa
acogida que
siempre me han
dispensado junto
a mis amigos
con quienes
comparto estas
experiencias
riquísimas.*

Oda al manzano de mi hijo menor

Ahí está, caído mortalmente.
Su cuerpo se niega a sucumbir.
Ha quedado apoyado en el cerco
colindante.

Sus extremidades, en la caída,
aplastaron un ciprés menor y un caqui
del vecino.

Ahí está, herido mortalmente.
En la caída, sus raíces afloran
clamando auxilio silencioso
y la forma de sus ramas
asemejan diez laberintos de juegos ya
pasados.

Su muerte fue brusca y abrupta.
A fines de un mes de Mayo
llegó un viento huracanado
que azotó la zona
rompiendo robles y frutales,
volando techos, destrozando puertas
y ventanas.

Llegó como tornado jugueteón
riéndose de nuestras aprensiones,
de nuestras oraciones y súplicas.
Después de unas horas, se perdió
hacia el sur.

Ahí quedó el manzano de mi hijo
menor.
Era suyo desde antes que naciera.
Eran tres manzanos, uno de cada hijo.

En sus ramas jóvenes de hace treinta
años, los niños jugaban, yendo de
rama en rama.

Disfrutaban sus aromáticas
manzanas.

Les sirvió para instalar un columpio,
para colgar sus trajes de baño.

Era tan acogedor el manzano de mi
hijo menor,
que por sus ramas se pasaban al
techo de la casa
cuando jugaban a las escondidas.
Fresca sombra daba en verano,
donde jugaban a las cartas.

Qué noble era el manzano de mi hijo
menor.

Herido mortalmente ha donado su
cuerpo
para temperar el invierno venidero.
Desde la galería se apreciará su
ausencia.

Ya no subirán por él los gatos
juguetones

Y muchos pajarillos deberán seguir su
vuelo.

Tras cuarenta y cinco años de
amistad,
te recordaremos siempre.

Diste flor, fruto, sombra y acogida.

Lo diste todo, generoso y sin
condiciones.

Gracias, manzano de mi hijo menor.

San Fabián de Alico, a primeros días del mes de mi cumpleaños.



El entierro

Cada vez que regresaba de noche a casa de mi abuela, en El Macal, al pasar por un sector sombrío debido a unos altos árboles, sentía un miedo atroz.

Los sauces ubicados a ambos lados del sendero inclinaban sus ganchos generosos en una amplia reverencia hacia el viajero. Todo esto frente a la quinta de Domingo Fuentes.

Flotaba una historia que narraba un anciano del lugar sobre un brasero que se le había aparecido en medio del camino una noche oscura e invernal.

Contaba el anciano que el brasero se desplazaba hacia el norte del camino bordeando unas moras en dirección a un añoso roble.

- ¡Era un entierro! ¡Un entierro-iñor!, decía abriendo sus ojos a más no poder, acompañándose de expresivos ademanes de sus brazos.

- ¡Cuando se me apareció – continuaba– me quedé como clavado en el camino. Quise seguir al brasero hacia el otro lado de la cerca, pero el miedo fue más poderoso. Me sujetaba como con una mano sobre mi pecho. Cuando reaccioné, el brasero ya había desaparecido.

-¡Dos veces me ha salido al encuentro! ¡Ganas tengo de seguirlo! ¡Cómo no! Si dicen que el brasero lo lleva a un entierro, o sea una olla de greda llena de plata y de oro que algún antiguo enterró para ocultarlo de los asaltantes en los tiempos coloniales. Luego el hombre olvidó el lugar exacto donde había dejado su olla enterrada. Sólo después de muerto, un espíritu encontró su entierro. Al brasero lo mueve el espíritu de un muerto que quiere regalarle algo a uno. Pero para hacerse merecedor al regalo, se tiene que ser valiente y sereno frente a lo desconocido. ¡Y a mí se me heló el espinazo, caramba! – se quejaba el anciano.

Y toda esta historia me daba vueltas en la cabeza una noche que regresaba a donde mi abuela, durante un verano.

En la plaza de San Fabián nos habíamos entretenido escuchando música en un tocadiscos portátil que en esos años, allá por 1957, era la novedad de la época. Con Nino Almazábal, Toperol, Nelson Tapia y Claudio Soto y algunos veraneantes, más la Kenny y las hermanas Assadi, dueñas del tocadiscos, conversábamos y bromeábamos, disfrutando el grato verano.

Pero aquella noche, me regresé solo a casa. Todavía recordando los flirteos de los 17 años, llegué a la sombra de los sauces de Domingo con un firme y rápido caminar, pese a la oscuridad. Sorpresivamente se ilumina el lugar. Está en medio del camino. Con vertiginosa velocidad recuerdo los relatos del anciano, la olla de greda y su rico tesoro.

El brasero inicia un movimiento. Cruza la cerca y se desplaza hacia el norte, en dirección al roble añoso. Avanzo, cruzo unas trancas y me sorprende de mí mismo. El brasero se detiene como esperándome, a unos veinte metros.

Quiero continuar. Un fuerte viento se levanta no sé de dónde. Unos truenos sacuden la tierra. El pavor me invade. Me siento clavado en el mullido rastrojo. Cesa el viento, se aquieta la tierra. Busco el brasero. Ya no está. Aterrado regresé al camino y no supe cómo llegué a casa, cuatro cuadras más abajo. El ladrido de los perros de mi abuela que pronto me reconocieron fue el mejor tranquilizante.

Durante todo el verano hicimos guardia con primos y amigos esperando al brasero, infructuosamente. A fines de Febrero, sorpresivamente, una modesta familia de El Macal se mudó a Santiago,

según dijeron. Con uno de mis tíos, Héctor Manuel, a quien todos conocían como Perico, en su camión Studebaker, los llevamos a San Carlos donde tomaron el tren, después de embalar algunos muebles tipo reliquia. Ahí se fue uno de mis amigos de infancia.

Una tarde, como fracasara nuestra vigilia nocturna, camino a la piscina, entramos al rastrojo y fuimos hacia el roble añoso. Para sorpresa nuestra, al mover unas zarzas secas encontramos un forado de unos 70 centímetros de profundidad. Introduje mi brazo. Desde el fondo, mi mano rescató un trozo de greda del grosor de mi dedo, como la pata de una olla.

Nunca más nadie se acordó de haber visto el brasero. Cada vez que paso por el lugar, me acuerdo del brasero. Y, no sé por qué, también de mi amigo que se fue a Santiago.



Casas viejas

Caminando por Huampuli

Están allí aún, acompañadas de sus recuerdos, entregadas al inexorable destino del olvido. Cuatro casas, o tal vez cinco, a la vera del camino polvoriento, observan con sus ventanas sin vida hacia las cumbres nevadas.

El calor de la mañana de aquel día de octubre me impulsa a aceptar la invitación cordial de un maitén solitario que me ofrece su sombra. Recreo mi vista: techos heridos con rayos de tormenta, exponen sus vigas ulcerosas a que las seque el sol; una empalizada se confunde con el verde de las malezas; gruesos muros guardan vestigios de leyendas trazadas con carbón por algún escritor incipiente; un derruido horno de barro se inclina en una plegaria y oración de despedida sin retorno.

Los árboles de lo que fue un huerto frutal, como ciervos heridos alcanzados por las fieras, luchan contra la garra de los matorrales; al frente un rosal silvestre y unas matas de pita deslindan lo que fuera un jardín. El típico corredor, donde antes se recibía el tibio sol de invierno y

se cebaba el mate en las tardes de verano, está vacío.

Hay silencio. Cerrando mis ojos, mientras me refresco a la sombra del maitén, echo a correr la imaginación: un quiltro ladra insistente protegiendo sus dominios; percibo el inconfundible olor a tostado y el rítmico ir y venir de la paleta en la callana; de una viga pende una lámpara de carburo recuperando fuerzas para su eterna lucha con los rayos de la noche; en otra viga próxima, una zaranda acuna la cuajada al compás de una suave brisa sureña. Un muchacho, con no poco esfuerzo, troza una rama de espino, por otro lado una muchacha de ojos vivaces y de cadencioso caminar, corretea las gallinas mientras los polluelos reciben la ración de la mañana. De un galpón posterior llega el vozarrón del dueño de casa acallando los ladridos del perro sin raza.

Una campana deja escuchar su tañido en la escuela próxima de Huampuli. Cesó en mi evasión. El maitén ha logrado refrescarme. Cojo mi bolso de supervisor y apuro el paso.





El apunte

-¡No te vai a enredar por ahí otra vez, Pedro!

- ¡Meh! Lo único que faltaba! ¡No, mujer! ¡Quédate tranquila! Voy derecho, ahora. Vendo los bueyes y paso “al tiro” a negociar la compra de la quinta. Que Juancho no se olvide de encerrar temprano los terneros, porque la tarde refresca mucho. ¡Hasta la vuelta!

Alzando una mano como saludo, el campesino se alejó lentamente arreando cuatro hermosos vacunos rumbo al pueblo. Su caballo, un mulato de gran alzada, iba marcando con sus herraduras un ancho semicírculo en la húmeda huella, mientras el eco irrumpía la quietud del alba de ese día otoñal.

Sobre él, Pedro, hombre grueso, fornido, de regular estatura, rostro moreno y curtido por el aire cordillerano. Un grueso y largo poncho de lana cruda cubre parcialmente las botas de cuero de cabra que lleva sobrepuestas a los negros bototos Bata. Delante, impertérritos, marchan los cuatro bueyes, mientras los tenues rayos de sol se escurren entre el ramaje desnudo y las siluetas de los animales se proyectan grotescas en el camino que serpentea paralelo al caprichoso río Ñuble. A la derecha, las cumbres de la cordillera andina completan el paisaje.

La jornada sería larga. Ocho leguas

para llegar a San Fabián, le ocuparían el día completo. Acostumbrado a la montura y al vaivén de su caballo, Pedro González, dejó desfilar por su mente los recuerdos del año anterior.

También un día de otoño había viajado a San Fabián con cuatro novillos. Con el producto de su venta compraría una linda quinta de seis cuadras de superficie ubicada a la llegada del pueblo.

Todo había marchado bien: precio convenido con Juan Garrido, un comerciante del pueblo. Al día siguiente realizaría el negocio de la quinta. Cien mil pesos al contado y otro tanto a la vuelta del año.

Por la noche, en el negocio de doña Adela hubo muchos parroquianos.

Un brasero era el centro de los contertulios donde se iba calentando el charqui de chivo, al que acompañaban con vino y mates. Bromas por aquí, tallas por allá. Risa fácil. Alguien sacó un naipe y pronto todos se entregaron al juego.

Pedro, interrumpiendo sus recuerdos, exclamó:

- ¡La gran puta! Meterme en ésa. ¡Y yo que los creía a todos mis amigos! El juego empezó con monedas, luego

aparecieron algunos billetes. Ya nadie mateó, el brasero dejó de despedir calor y un trozo de charqui quedó abandonado en la parrilla.

El interés se concentró en el juego. Ahí, en las cartas, se volcaron las emociones mientras el calor se concentraba en la cabeza de cada uno.

Las horas pasaron rápidas, como los momentos alegres.

Al día siguiente no hubo compra de quinta. Los pocos billetes salvados, perdidos en algún rincón de un bolsillo, alcanzaron justo para una bolsa de azúcar, un poco de yerba y otras faltas menores.

El mismo camino, pero de regreso, fue insufrible. Y qué lío cuando Carmela, su mujer, supo el destino que habían corrido los bueyes.

Sacudió la cabeza como queriendo alejar la ira que le producía el recuerdo de su debilidad, pareciendo escuchar como un eco retardado la advertencia de su mujer: ¡No te vai a enredar por ahí otra vez, Pedro!

Confiado en sí, y ahuyentando los malos espíritus con una tonadilla, apuró el tranco de los bueyes. Su silbido era el símbolo del optimismo, del día que nace...

Pasó el día arreando. Apenas un alto en Agua del Ganso y otro en Lara para tomar agua con harina y acomodar la montura.

A diez cuadras del pueblo, que se anunciaba con el destello del alumbrado público, cambió de planes, para sacarle el cuerpo a la tentación. Se quedaría en casa de Pancho Fuentes, posadero conocido y buen gaucho, el que le proporcionó talaje y alojamiento.

Como Pancho conocía la historia del año anterior, lo bromeó:

-¿Con que echando el culo pa la zarza, amigo Pedro?

El diablo es tentación, don Pancho. Mejor me dejo caer mañana temprano pa vender los bueyes y hacer el negocio de la quinta. — Y agregó: Menos mal que a don Isaías no se le ha terciado otro comprador.

-¿Y a quién va a venderle los bueyes?

- A don Juan Garrido. Ya los fue a ver y tenemos trato. Y paga chinchín.

-Es derecho el hombre — acotó Fuentes- agregando: ¡Y tiene buen billete!

A la mañana siguiente, tras desayunar, Pedro dirigió sus pasos hacia el galpón para aperar su caballo. Pancho le siguió con la conversación:

-Oiga, amigo Pedro, ¿y cómo está la cosa pal otro lado? ¿Es buen negocio llevar azúcar pa cambiar por chivos? Estamos más o menos palabrios pa hacer trueque con Juan Correa, el de la Casa de Piedra.

- ¡Ta pesaona la pista, don -acotó Pedro-. Hay harta nieve ya y en El

Roble la policía está muy viva el ojo!

-¡Así se comenta- señaló Fuentes, mientras escarbaba sus dientes con una aresta sacada de una vara seca.

- ¡Hay que esperar octubre, creo yo. Ahora hay que negociar por acá nomás!, continuó Pedro, cuya experta opinión era muy respetada.

Tras cancelar el talaje, echó los bueyes al camino, rumbo al pueblo. La mañana se fue rauda. Entregó los bueyes donde Juan Garrido, recibiendo en efectivo ciento veinte mil pesos. El mismo Garrido le acompañó donde Isaías Sandoval para negociar la quinta. Los tres visitaron el potrero. Buena tierra, pareja. Un arroyo la abastece de agua propia. Al lado sur construiría su casa. Tendría una galería para recibir el sol por las mañanas. En su mente tenía nítido el plano.

Estaba contento Pedro. Se reía solo. Allí pasaría su gente desde marzo a diciembre. Juancho, que ya tenía diez años, iría a la escuela con Carmencita, que pronto cumpliría ocho. La menor acompañaría a la mamá en su nuevo hogar. El, seguiría allá arriba, junto a sus perros, en la cordillera, cuidando sus chivos y la tropilla, que eran su fuente de trabajo y sustento.

Regresaron al pueblo dirigiéndose al Registro de Propiedades donde concretarían la operación. La oficina estaba cerrada. Ya era mediodía. El funcionario retornaría a las tres de la tarde.

-Bueno- dijo Isaías- volvemos a la tarde ¿verdad Pedro?

- ¡Claro, a las tres en punto!,

También un día de otoño había viajado a San Fabián con cuatro novillos. Con el producto de su venta compraría una linda quinta de seis cuadras de superficie ubicada a la llegada del pueblo.

respondió Pedro. Pero, hágame un favor, don Isaías.

-Rebajas no, gallito - sentenció Isaías.

- ¡No, no, don! No se trata de eso. Lo que quiero es que me reciba el pago ahora mismo y a la tarde hacemos los papeles.

-¡Guarda, guaina, guarda!. A la tarde mejor. Pasando y pasando ¿póngale que me muero en una hora más? Y en eso quedaron: reunirse en la Oficina de Propiedades a las tres de la tarde.

Tomando distintas direcciones, los hombres se separaron cada uno en su cabalgadura. Garrido y Sandoval a sus casas y Pedro González, en busca de un lugar para almorzar, agradeciendo la invitación que estos le hicieran.

Pedro tenía deseos de tomar una pilsener solo, disfrutarla plenamente, lentamente. La emoción de la compra, sus planes futuros...

Se encontraba en calle Andes, la principal del pueblo. Por las altas veredas transitaban campesinos y gente de pueblo rumbo a sus casas. Era la hora del almuerzo.

Pedro estaba solo, pero qué bien se sentía. En la cartera interior de su chaqueta guardaba su capital, esos billetes fruto de mucho trabajar, de mucho sacrificio. Sentía un calor especial en el pecho y una sensación de hombre de respeto le daba un aire y una jovialidad en el trato con los que le saludaban.

Detuvo su cabalgadura frente al restorán El Sol, el mismo de

doña Adela. Ató su caballo al varón, entrando resuelto al local, acercándose al mostrador.

- ¡Buenos días, señora Adela!

-Hola, don Pedro ¿qué vientos lo han traído por acá? ¿El puelche talvez?, contestó la dueña de casa, una sesentona rechoncha y risueña.

- ¡El mismo!- replicó Pedro, siguiéndole el juego. Y me resecó toa la garganta ¿tiene un remedio usted?

-¡No fuera más! Claro que sí ¿un blanquito?

- ¡Mejor una pilsener! Y si tiene algo pal buche, no estaría mal, agregó.

-Pero claro, pues don Pedro. Venga, siéntese. Mientras se sirve su pilsener le caliento un caldillo de lomo seco - y tras una pausa-, tengo longaniza con puré también.

- Póngale de las dos cosas. Y con barandilla.

Apuró la bebida y momentos más tarde satisfizo su apetito intercambiando palabras con doña Adela y Nano, su marido, que se había agregado a la mesa. Pronto quedó solo. Un agradable solcito penetraba por la puerta abierta. Acomodó un sillón de mimbre de manera de recibir el calor en sus piernas para prevenir el reuma. Arrellenó su humanidad y como tenía que esperar dos horas para que abrieran la Oficina de Propiedades, se dispuso a disfrutar ese solcito otoñal. En su pecho le hormigueaban los ciento veinte mil pesos.

Golpeando fuertemente el tablado de

roble, el grupo de arrieros irrumpió en el negocio. Venían sedientos. En sus rostros y en la indumentaria se reflejaban largas jornadas de arreo de los últimos piños que volvían de las veranadas, allá en los cajones cordilleranos.

Secándose las manos en su delantal, hizo su aparición doña Adela, con una amplia sonrisa de bienvenida.

- ¡Póngale un doble de tinto, señora!, ordenó el que hacía como jefe, mientras se sacudía el polvo de sus botas de cuero.

- Al tiro, caballeros. ¿Cansador el viaje, no?

- Y helá la noche. Las mantas amanecen tapás de escarcha- contestó un tercero.

- Oiga ñora, venimos cabriaos con los caldillos y el charqui. Parecimos chivatos ya. ¿Por qué no se echa al olla un par de gallinas gordas?

-Mire, deme hora y media y se la tengo lista.

- ¡Va! Mientras, póngale otro doble en aquel rincón que ahí vamos a matar la espera. Pero adelántele unos escabeches y un poco de tortilla pa calmar las tripas.

Acto seguido los cuatro hombrones, arrastrando sus huascas y tintineando sus espuelas se dirigieron al rincón, perdiéndose tras una cortina grasienta que cumplía la función de separar el "reservado"

Pedro González siguió con la mirada a los arrieros, desde su mullido sillón. Pronto las risotadas del grupo fueron aumentando de volumen así como aumentaban los brindis. Después vino



Juan Castillo Araya.

el sonar de platos y cucharas.
- ¡Doña Adela!, llamó uno de los hombres con voz potente, ¿tiene un naipe por ahí?

- Sí, sí, contestó la veterana, dirigiéndose a las estanterías. Minutos más tarde las risas fueron cambiando por exclamaciones de júbilo e imprecaciones, según la suerte dada en el juego. A los oídos de Pedro llegaban nítidas las “cantadas” del naipe: ¡treinta al Rey! ¡Cincuenta al As!

Sintió la suave presión del fajo de billetes cerca de su corazón, al mismo tiempo que un leve calor acudía a sus sienes. ¡Así empezó la otra vez! pensó.

En el reservado continuaba el juego.
- “Rey en puerta, paga doble”, y el grito de júbilo del que apostó al Rey. Las monedas que descansaban en el bolsillo de Pedro, inexplicablemente, parecían aumentar su presión sobre el muslo.

Total, chauchas más, chauchas menos, pensó. ¿Y si pruebo? No todos los días son domingo, pero... Total, mientras abren la oficina. Abandonando su asiento, dirigió sus pasos al “reservado”. Pronto estaba frente al embrujo del naipe. Empezó bien: jugó dos monedas de cincuenta pesos al tres de oro contra el siete de velos. Al dar vuelta el mazo apareció el tres de espadas y a sus manos volvieron las dos monedas acompañadas de dos billetes. No fue más. Se acabó la cautela y

en el eco de la distancia quedó la reprimenda de Carmela: ¡No te vai a enredar por ahí otra vez, Pedro! Y el juego siguió. Se acabaron las monedas y los dos billetes recién ganados. Pero sentía las monedas. Quería recuperarlas. No supo cuándo ni cómo echó mano a la cartera de su chaqueta.

Un billete de cinco mil pesos primero, después otro...

Los arrieros eran muy atentos con el trago. La suerte ya volvería. Las apuestas subían extraordinariamente. Las monedas ya no tenían valor. Pedro sentía un profundo calor en su rostro y su cabeza era un torbellino. La suerte seguía esquiva. Jugaba al Rey y perdía, probaba con un As y le ganaba un Rey. Era una verdadera debacle a la que no podía sustraerse. Uno tras otro fueron saliendo los billetes.

Al jugar el último, en el paroxismo, lo puso sobre una carta vulgar, como postrer manotazo que da el náufrago. El billete, de cinco mil pesos, quedó sobre un cinco de copas. Al frente, para el tallón, salió un rey de oro.

- ¡Está esquivo el Rey!, se dijo Pedro. ¡Ésta es la mía!

En el otro par de cartas, salió primero un Caballo.

- ¡A ése tenía que jugarle. A mi caballo! ¿Puedo cambiar?

- ¡No, amigo. Carta tapada, carta jugada! , contestó secamente el tallón. Frente al Caballo se ubicó un As, el de copas.

Los demás hombres habían abandonado hacía rato el juego. Al frente estaban el As y el Caballo. Rebuscó en sus bolsillos monedas olvidadas y todo cuanto pudo lo cargó al Caballo. Y estaban listas las dos apuestas: El cinco de Copas de Pedro contra el Rey del tallón, con una apuesta de cinco mil pesos. En la otra apuesta, Pedro jugó todas sus monedas al Caballo contra el As del tallón.

El arriero del naipe dio vuelta el mazo, mostrando las caras. Cuan rayos, cinco pares de ojos apuntaron a las cartas. En puerta salió un Caballo.
- ¡Un Caballo! – exclamó Pedro. ¡Un caballo! ¡Qué mierda soy! ¡Y gana doble!

El tallón, con una sonrisa fría, pagó displicentemente la modesta apuesta, continuando el juego. Sale un As ya sin valor, un cuatro, el tres de oro.

El silencio era total. Apenas el deslizarse de las cartas acusaba la presencia de alguien. Pero cada cerebro era una bomba de mecha corta.

- ¡Rey!, viene un Rey!, bramó Pedro con el rostro totalmente desencajado. En efecto, en el borde de la carta semitapada se veía un 12. Ya descubierta, la amplia y polleruda figura del Rey acabó con el silencio.

- ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡He perdido todo!, vociferaba loco de ira, trémulos los labios y desorbitados los ojos.

Una vez cancelado el consumo y sin esperar el vuelto, los arrieros, a un gesto del capataz, abandonaron el recinto. El característico ruido de los cascos de las cabalgaduras fue perdiéndose en la calle de tosca... En el cerebro de Pedro hacía daño la sentencia de Carmela: "No te vai a enredar por ahí otra vez, Pedro". Qué sensación de desolación, de vacío. Ansia de muerte. Terminar, terminar.... Gruesos lagrimones regaban la morena piel, siguiendo las grietas que dejan los años y la vida dura.

-¿Qué le pasa don Pedro? ¿Por qué llora? Lo está esperando don Isaías Sandoval, expresó doña Adela, agregando: Durmió su buena siestecita, ¿no?
- ¿Qué? ¿Ah? ¿Qué pasó?
-¡Nada, pues don! No más que se quedó dormido en el sillón y maucó su par de horas, por decir lo menos. Ya son las cuatro. Afuera hay un chicuelo mandado por don Isaías. Recuperando la conciencia de los hechos, el rostro de Pedro fue transformándose: la desfigurada y derrotada imagen dio paso a otra de alivio, de ilusión, sintiendo la presión del fajo de billetes junto a su corazón.
- ¡Huifa! -exclamó dando un brinco, mientras con sus robustos brazos alzaba en vilo a la mujer, totalmente confundida por la reacción de Pedro.

-¡Qué tiene, oiga!, exclamó más que preguntó.
En respuesta, sólo escuchaba:
- ¡Fue sólo un sueño! ¡Fue sólo un sueño!

A largas trancadas abandonó el local. La operación en la Oficina de Propiedades no tuvo dificultades y tras las firmas salieron en alegre charla con don Isaías. La "escritura" le quemaba el pecho. La quinta era suya.

Al varón continuaba atado el noble mulato, esperándole. Acomodó la montura, afirmó las alforjas, apretó la cincha.

- ¡Hasta otro día, don Isaías!
- Hasta luego, Pedro. ¡Que te vaya bien, hombre!
- ¡Gracias, don!

Al tranco de su caballo caminó las cuatro cuadras del pueblo. Cruzando el puente del Estero de Piedras, el manco inició un trote suave y liviano rumbo a la querencia allá en El Roble, a orillas del río Las Truchas. La tarde era grata. El sol aún entibiaba. Una diáfana tonadita silbada por Pedro complementaba el rítmico movimiento de los remos del mulato tragándose los metros con elegancia rumbo a la cordillera.



Pedro y su caballo - Juan Castillo Araya.

La Jauría

Hacía frío esa noche de agosto. La luna, en menguante, dibujaba las dantescas sombras de los robles sobre los lomajes de Paso Ancho. La noche era de quietud. Las empastadas naturales acusaban la “helada” invernal.

De entre unos zarzales surge una hilera de silenciosos perros liderados por un pastor alemán que encabeza la marcha. Cruzan en línea recta hacia unos corrales donde brillan unas latas de zinc, complemento de un rústico techo de canoas y ramas,

En el interior del corral una treintena de ovejas duermen en un rincón. Los perros, tras husmear la empalizada, brincan ágilmente cayendo sobre el ganado. Las ovejas despiertan bruscamente. El ataque de la jauría es feroz.

Las ovejas corren y giran en el corral. La maestría sanguinaria de los canes va dejando una estela de sangre caliente que platea con los tenues rayos de la luna en menguante.

Los hocicos, de filudos colmillos, atacan directo a la yugular. Degüellan y degüellan. Las ovejas, silenciosas, cómplices de su propio exterminio, van quedando regadas sobre el estiércol granulado del corral mientras sus ojos inexpresivos de la agonía parecieran quedarse en un frustrado intento de clamar auxilio.

Más de una docena de ovejas preñadas quedan esparcidas. Los perros se alejan. Vuelve la quietud, tan sólo interrumpida por los estertores de la muerte. En los vientres, por un rato más, se mueven las crías que nacerían en un par de días.

A cien metros del lugar, un hilillo de humo se aleja de la cocina del campesino, mientras él, junto a sus hijos y su mujer duermen. Al día siguiente, temprano, debe trasladar su rebaño a un potrero de rezago, porque la parición ya viene.

En la cocina y próximos al fogón, virtualmente apagado, los dos guardianes de la casa duermen desperezadamente.

La luna ha cambiado su ubicación y asimismo las sombras de esos robles altos y podados del medio del potrero.

Aprovechando la oscuridad de esas sombras, cual sendero y como tratando de ocultar la vergüenza de la maldad, silenciosos, en hilera, desandando el camino, el pastor alemán y su jauría regresan a los Altos de Cachapoal.

Sus pelajes platean con el rojo húmedo de la sangre y el roce de las hierbas altas va eliminando las evidencias de la masacre. Sudorosos, evitando los caminos, apuran el trote. En sus casas dormirán toda la mañana.

Los vecinos, al pasar, comentarán: ¡Cómo no van a estar bonitos esos perros si se lo pasan durmiendo! En un modesto hogar de los lomajes de Paso Ancho hay desesperanza y desolación. El potrero de rezago continúa esperando...





La trilla a yeguas

Tal vez sea la máxima expresión y símbolo del campesino de antaño y hasta la primera mitad del siglo XX. Con su huasca al aire entre gritos y gritos del arriero apurando a la tropilla, la espiga va soltando su grano generoso.

La era², enmarcada sobre unos lomajes, luce sus verdes estacas y los resistentes lazos hechos por artesanos.

La tropilla de doce yeguas y potros suda copiosamente tras varios minutos de dar vueltas y vueltas dentro de la era. Se abre la puerta improvisadamente hecha con lazos y las bestias salen trotando en busca de aire fresco.

Desde la frondosa sombra de un roble, alegres mujeres, emperifolladas con sus vistosas y coloridas tenidas, ofrecen mistela, agua de culén con malicia y los sabrosos chilenitos. En la era, horqueta en mano, los hombres mueven la paja y van soltando gavillas desde la pila ubicada en el centro.

Al final de la jornada, cuando los últimos rayos de sol se van perdiendo, ya no quedan gavillas. Todo está trillado y la celebración comienza a tomar forma.

Brazo en alto, un mocetón exhibe el trofeo, una botella de cinzano encontrada en medio de la última gavilla. Una cantora se acompaña de su guitarra y alegra la tarde con sus canciones inéditas. Hay chicha de manzana, unos jarros de ponche. Surgen los brindis y deseos de una buena cosecha. Al centro queda la parva que en días de viento será aventada.

Las yeguas y potros, con el sudor seco en su cuerpo, han sido ensillados y descansan atados a un largo varón.

Hacendosas mujeres ofrecen guiso con unas olletas cuyo vapor inunda el ambiente. Sentados en bancas, tablones, troncos o piedras los varones disfrutan el rico guiso de pato y de ganso. Al reparo de unas rocas, comienza a salir el olor del asado al palo.

Pronto un muchacho de bien formada musculatura, sorprendiendo con un albo pañuelo, con ceremoniosa y alegre reverencia saca a bailar a una coquetona muchacha de piernas contorneadas. Presto, un tañador anuncia la cueca. Las palmas acompañan, el zapateo levanta el polvo del rastrojo. Vienen los aros, hay alegría. Ha terminado la trilla, mañana será en casa de otro vecino.

Las cuecas continúan. El asado al palo ocupa el lugar central. Hay brindis y agradecimientos por la atención de los dueños de la trilla. Los perros hacen su propia fiesta con huesos y restos que les van lanzando.

Desde el picacho del Malalcura, la luna lanza sus tenues rayos iluminando el valle del Alico. Hay olor a paja limpia y a dorado trigo.

————— ○ —————

2. Era: espacio circular con radio aproximado de 7m. rodeado de estacas y lazos donde se trilla el trigo.



Vacaciones

El sol recién comenzaba a acariciar nuestros rostros, perfilando sus primeros rayos por sobre los penachos de la vasta cordillera andina. Hacía un par de horas que cabalgábamos y nuestros glúteos evidenciaban el malestar de una experiencia desusada.

Después de los naturales comentarios al iniciar un largo viaje, los once viajeros de aquel febrero de 1971 guardamos silencio. Por mi mente, y creo que por la de todos, desfilaba el listado de elementos indispensables para la travesía por la cordillera, que se prolongaría por quince días surcando cerros, vadeando ríos, pernoctando bajo las robleras y cocinando entre los peñascos. En nuestras pretensiones estaba llegar a la Gendarmería argentina y, si era posible, alcanzar a algún poblado. Y en toda esta experiencia dependeríamos de nuestra propia organización. Lo olvidado, olvidado quedaría y penaría permanentemente.

Delante, rompiendo el silencio y la quietud del alba, marchaban los cuatro mulares, impertérritos motores vivientes, cargando sobre sus lomos los recaudos, conservas, azúcar, harina, yerba para los amargos, tomates, cebollas y las “cuntras”³

llenadas en una buena bodega sancarlina. De vez en cuando, un ¡muuula! lanzado por Cuchima o por Segundo Valenzuela Garrido, amigos nuestros y guías de la expedición, apuraba la marcha de las nobles bestias cimbrando la carga y haciendo sonar el tacho que colgaba de una chigua.

Después de los guías, en grupos de dos o tres, continuábamos el resto: Hugo Umaña y Carlitos Leiva alentando a sus briosos corceles; Pedro Gutiérrez Lavado acariciando sus botas corraleras y su hermoso revólver al cinto; Peñailillo, padrino de mi hijo Jorge, trataba de sacarle marcha a su caballo Gordín; Pedro Carrasco y Raúl Bustos disfrutando extasiados el paisaje. Después va Renato Soto, tallando el aire con su imaginación prodigiosa de artista. Más atrás, y cerrando la marcha, disfruto con las diabluras de un muchacho de catorce años que monta un potrillón a medio amansar el que, de vez en cuando, arremolinando la cola intenta un corcoveo que Ramón, así se llama el chico, controla con la experiencia que Segundo, su padre, le ha transmitido.

El sol se ha encumbrado en el cielo despejado de la época estival y deja

caer sus rayos potentes sobre el polvoriento camino de la cordillera.

Relatar las experiencias de cada hora de estos días inolvidables es de mucho espacio. Cada habitante de la cordillera es un símbolo de la hospitalidad, de la amabilidad. Y nuestro grupo recibió tanto y tantas veces, que corremos el riesgo de las omisiones para citar a Memo Fuentes, administrador del Fundo Las Bandurrias, a don Ramón Benavides, padre de Cuchima, allá en Los Mayos y a Nano Benavides arriba, en El Roble, quienes se preocuparon de hacer más grato aún nuestro viaje.

En El Roble, compartiendo con los lugareños y el personal de la Avanzada de Carabineros, disfrutamos los deliciosos salmones del Ñuble asados en el rescoldo de un fogón, hecho con gran maestría por don Ramón Benavides. Allí pernoctamos aquella noche.

El Roble es un sector ligado a la historia de Chile: Por ahí tenían su ruta los hermanos Pincheira, toda una leyenda que se confunde con la fantasía y el bandalismo. Por El Roble y Valle Hermoso, más al interior, se piensa que se podría construir un Paso Internacional que nos uniría

3. Cuntra: Trozo de cámara de goma de vehículo, vulcanizados sus extremos, dejando una boquilla, usados para portar vino y/o aguardiente. Es necesario “curar” la cuntra con cognac u otro licor para eliminar el olor y sabor a goma.

con Las Ovejas, Municipio de la gran Provincia de Neuquén. En El Roble se encuentra la Avanzada de Carabineros que cumple las funciones de resguardar la soberanía nacional y colaborar al control de animales en las veranadas.

Años después de nuestro viaje, las autoridades de San Fabián organizaron un Encuentro con Dios y las Tradiciones. Con la presencia del sacerdote Manuel Solís, se bendijo e instaló una imagen de San Sebastián, agradeciendo a Dios la belleza del paisaje, la calidez de la gente y el encuentro con nuestras raíces culturales. Allí hubo carreras a la chilena, tirar la cuerda y domaduras, acompañados por grupos folclóricos y cantoras de la zona. Allí llegó gente de Chacayal, Veguillas, Los Sauces, Pichirincón, El Caracol y de San Fabián, entre otros lugares.

Después de El Roble, un valle sencillamente extraordinario, rodeado de cerros y el río Ñuble, viene la montaña con una sucesión interminable de cordilleras. La huella, estrecha y peligrosa en algunos pasos, va serpenteando los faldeos cruzando arroyos y elevándose por entre los roqueríos hasta la cima andina.

Y el paisaje ofrece las diapositivas naturales incomparables: deslizamientos de tierra, acantilados de vértigo, robles centenarios, aguas cristalinas que jueguetean escurriéndose por entre las peñas de las quebradas. En el cielo, se



Avanzada El Roble junto a mis amigos. De pie, polera blanca, Hugo Bucoz Ferrada, suboficial, jefe de la Avanzada. A su lado, Manuel Fuentes, trágicamente ahogado en laguna Los Truchos.

observa el cadencioso vuelo de las águilas oteando con su profunda mirada su próximo alimento, mientras en los secos ramajes de un laurel las lechuzas esperan pacientes la llegada de la noche.

La subida de El Enemigo funde a nuestras cabalgaduras. Sus ancas e hijares quedan bañados en sudor. En el alto, les damos unos minutos de descanso. En silencio, disfrutamos la vista con un amplio horizonte. Los caballos resuellan agitados, cimbrando todo su cuerpo.

Continuamos la marcha. La belleza del paisaje, imponente en la aridez de la naturaleza virgen, se muestra plena en las Vegas de Chureo. Y cómo se oprime uno al subir Las Escaleras, talladas por el viento andino en roca viva, mientras recibes en el rostro el

azote fuerte del puelche irreverente.

Al llegar al lindero, límite de dos países hermanos, vientos huracanados alzaban nuestros ponchos cuan flameantes banderas. Pasan por la mente tantas sensaciones. Dan ganas de gritar un ¡Viva Chile, Mierda!, de cantar el himno nacional. Pero ese viento eterno enmudece nuestros labios reseándolos y tan solo atinamos a brindar con un largo trago de aguardiente por el suelo amado de la Patria. Después, a descender, siempre descender por un suelo árido y erosionado, opuesto a la exuberante vegetación que hemos dejado a nuestras espaldas.

La aridez del terreno es interrumpida por el verde de los ñires, arbusto achaparrado que crece en forma

agrupada en las quebradas y en las riberas de los hilillos de agua. Una pareja de pequeños disfruta jugueteando.

Caminando hacia el Atlántico, alzando la vista, se divisan en la distancia las gigantescas lagunas de Epulafquén. Muy lejos han quedado San Fabián y San Carlos. Atrás han quedado más de cien kilómetros recorridos por nuestras cabalgaduras.

Tras horas de avanzar en suelo argentino, en una planicie, limitada por unos gigantes roqueros, nos sorprende el encuentro con una familia argentina. Se trata de Juan Correa, su mujer y unos seis o siete pibes, donde el mayor no superaba los doce años. En las inmediaciones, un hermoso piño de cabritos pastan entre los coironales. Estamos llegando a un “puesto argentino”.



Fiesta en Los Sauces

Al llegar al lindero, límite de dos países hermanos, vientos huracanados alzaban nuestros ponchos.



Tirar la cuerda (tradición en juegos populares) en El Roble.



Mi compadre Marcial y mi amigo Raúl Bustos.



Con Mulato, mi noble compañero de muchos viajes.

La mujer de Correa sale a recibirnos con una sonrisa que muestra una dentadura alba y completa, contrastante con un rostro moreno y reseco dada su permanente exposición con los vientos y sol.

Un par de quiltros, extraordinarios y eficientes en el arreo de ganado y amigos inseparables del gaucho, se muestran recelosos y a regañadientes acatan la orden de su ama que los conmina a la calma.

De entre las rocas van apareciendo los pequeños, incorporándose al grupo y a los saludos.

En un viaje posterior comprobaría que entre las rocas estaba la casa

de la familia y que para llegar a los dormitorios había que ingresar por una cueva de poco más de un metro de alto y con ramificaciones en el interior que parecían un verdadero laberinto. Era, a no dudarlo, una fortaleza natural. De ahí el nombre del “puesto”: Casa de Piedra, de Juan Correa.

Recuerdo que en aquel viaje pernoctamos en las inmediaciones de la Casa de Piedra, pero al aire libre. La tarde en que llegamos, tras los saludos y pequeñas negociaciones de géneros, herraduras, bototos Bata y cambios de nacionales por moneda chilena, el dueño de casa nos invitó a un asado.

Sorprendido que, tras colocar la carne en el asador, sin sal, la pusiera a las brasas, quise preguntarle si se había olvidado poner sal. Afortunadamente, antes de hablar, observé que, desde un tazón, Correa retiraba una pluma de peúquén mojada y esparció el líquido sobre el asado. Pude ver que en la taza junto al agua se encontraba un trozo de sal. Más de una hora Correa repitió la maniobra esparciendo el agua salobre sobre el asado que iba tomando un color y sabor especial. Aquella fue una noche extraordinaria junto a Chuma Burgos, Renato Soto, Raúl Bustos y mis compadres Peñailillo y Marcial Valenzuela.

Vuelvo al relato:

Cuchima y Segundo, conocedores del medio, del cambio internacional y con esa pachorra que les es característica, hacen negocio con la dueña de casa. Mientras Cuchima cancela, Segundo exhibe sus habilidades con el lazo. Con una armada grande ondea la cuerda para, una vez elegida una cabrilla, lanzar el lazo que finalmente aprisiona las extremidades traseras de la lechona de hermoso pelo angora.

Aplauso general para la maniobra.

Brindamos con María, que así se llama la mujer, y entregamos unos dulces para los pequeños. El saludo de despedida y nuevamente a montar en nuestros mancos que van cabeza gacha, signo evidente de un cansancio acumulado.

La huella nos lleva en una larga hilera que, desde las alturas, podría confundirse con hombres avezados en la cabalgadura y en la cordillera: nuestra indumentaria cubierta de polvo, el cuerpo ya acostumbrado al vaivén del caballo, con el poncho cruzado sobre las piernas, las bridas en una mano, mientras la otra reposa apoyada en el muslo. Con el sombrero asegurado por su fiador, todo conforma una imagen que podría llevar a la equivocación.

A todo esto, ya todos hablamos más cuyano que los propios argentinos: ché por aquí, ché por allá, ché

metapío Leiva, ché Gordín, la ché manta, la ché montura, el ché mate, el ché chivo, etc., etc.

En Las Raíces, nombre de una de las riberas de la laguna, decidimos acampar hasta el día siguiente. La tarde se viene rápida.

Con Raúl nos dirigimos a probar las bondades de la fauna. Las profundas aguas de la laguna nos entrega pronto el regalo de dos estupendas truchas. Nuestra presencia ha incomodado a los patos silvestres, taguas y correntinas las que trasladan sus reales a otras tranquilidades. En un islote, separado por unos doscientos metros de la orilla, una numerosa familia de piuquenes se solaza en la placidez de una privacidad rara vez interrumpida.

De nuestra primera incursión con Raúl regresamos con varias piezas para guisar. La organización del grupo funciona eficientemente: Carrasco y Peñailillo han encendido una buena hoguera. Con las brasas se asará después una parte de la cabrilla faenada por Cuchima. Renato ha reforzado una improvisada ramada hecha con ñires para protegernos del rocío de la noche que se avecina.

Carlitos Leiva, alto y con 125 kilos, junto a Hugo Umaña que no lo hace mal, descansan sus humanidades respetables, tendidos en el mullido verdor ribereño.

El aroma del asado se esparce en todas direcciones, acelerando el funcionamiento glandular. Ya de noche, y saciada el hambre, el mate da lugar a las anécdotas de un viaje que ya lleva cuatro días inolvidables.

Cuando se duerme al aire libre, el alba tiene atractivos indescriptibles. Despiertas con el rostro frío, te quedas quieto entre las mantas o dentro del saco de dormir si lo llevas. Si mueves un pie o un brazo, encontrarás zonas heladas que te harán desistir. Y desde esa posición de somnolencia podrás ver la tenue luz de las últimas estrellas que se retiran para dar espacio al astro rey.

El saludo de despedida y nuevamente a montar en nuestros mancos que van cabeza gacha, signo evidente de un cansancio acumulado.

El paso de la noche a la mañana embruja. Quietud plena. No hay un instante que separa al día de la noche. Son varios minutos que terminan sorprendiéndote. Respiras profundo y sientes las ansias de vivir, el deseo de levantarte y acudir a esa laguna que embruja y que invita a la pesca.

De uno y otro lado surgen los saludos de los amigos que se desperezan y ensayan algunos ejercicios físicos con las debidas elongaciones.

Pronto se inicia una febril actividad: unos encendiendo fuego, otros rehaciendo sus bultos de cama, aseándose en las frías aguas del esterillo que cae a la laguna.

La caballada, que pasó la noche pastando sin alejarse del lugar, fue rápidamente reunida por Raúl, Cuchima y Segundo. Moncho calentaba un trozo de asado de la tarde anterior.

Con el sol alto y ya entrada la mañana, nos alejamos del lugar en dirección al puesto de Gendarmería. Para llegar al destacamento argentino es menester recorrer a lo largo ambas lagunas, ocupando dos horas disfrutando la ribera y los hermosos paisajes. Algunas enseñadas invitaban a la pesca.

¿Bañarse? – Ni soñarlo. Las azules y desconocidas aguas de las lagunas

infunden un profundo respeto. La pendiente es severa y a pique. Sólo en el sector oriente, donde nace un estero que se adentra en dirección al Atlántico, algunas reducidas playas invitan a bañarse.

En la guarnición argentina, una verdadera fortaleza de material sólido, ladrillo y cemento, con numerosas dependencias, nos recibe cortésmente el personal de turno. Presentamos nuestra documentación y solicitamos poder acceder al poblado más próximo, Las Ovejas, distante cuarenta kilómetros.

Argumentando que el Paso Chureo no es habilitado, rechazaron nuestra petición, instándonos a retornar a Chile. Finalmente, nos autorizaron pernoctar en esos lugares e iniciar el regreso al día siguiente.

Acampamos en el Puesto del Turco, así conocido porque en él se establecía habitualmente Humberto Assadi, comerciante sanfabianino que con sus peones compraba buena cantidad de animales para trasladarlos a Chile dentro del marco de la ley y supervisado por Marcos Moncada Mc Kay, Jefe de la Oficina de Aduanas que por aquellos años funcionaba en San Fabián.

Peñailillo fue el encargado de preparar pescado frito pasado por harina cruda al que le hicimos los altos honores. Esa noche se jugó brisca hasta tarde. Alguna cuntra disminuyó su

peso, y el resto lo disfrutamos con harina tostada y azúcar a la mañana siguiente.

El regreso lo hicimos por las hermosas Vegas de Lumávida, planicie con suaves ondulaciones, toda cubierta de pasto alto y verde con predominio del coirón. Por doquier los rebaños de vacunos, caballares, cabríos y lanares pacían desde el amanecer. Serpenteando entre el pastizal, el estero Lumávida y sus cristalinas aguas nos deleita con el bello desfilar de arcoiris y de truchas que se escurren raudas entre piedras y raíces de ñires.

En la placidez del paisaje, el tranquilo avanzar de nuestras cabalgaduras, la armonía del grupo, discurro sobre la experiencia del día anterior: ¡qué gran grupo!, solidarios, alegres, talleres, ocurrentes, buenos amigos todos.

¿La Gendarmería? Espectacular la construcción. Tremendamente superior a las avanzadas de El Roble y de Pichirincón, en Chile. Acá, en nuestra Patria, las Avanzadas son de madera rústica, techo de canoas y parte de cocina una ramada. Una radio permite establecer contacto con la Subcomisaría de San Fabián por la mañana y por la tarde, en horarios preestablecidos para comunicar las nuevas o recibir instrucciones del servicio. Pero, en lo que ganamos sin huasca, como diría un hípico, es en la acogida y la buena disposición de los carabineros. Se establece un fuerte lazo de amistad y de compartir.

Los carabineros casados disponen de un huerto y las sombras de algunos frutales para acampar con sus familias durante las vacaciones de verano, disfrutando el baño del estero Las Truchas, las vegas de gran extensión, donde merodean los patos silvestres y algunos piuquenes que bajan de la laguna Las Truchas, distante unos doce kilómetros siguiendo la huella tradicional.

Nuestros carabineros son avezados en lo que dice relación con caballos, mulares, riatas y chiguas. Conocen la cordillera, sus pasos, sus lugares para acampar, las zonas peligrosas y las huellas más recorridas por los contrabandistas y los amigos de lo ajeno. Saben llegar a los puestos de las veranadas y mantienen buenas relaciones con todos los chilenos que hacen patria en esas latitudes. Tienen, además, una mano prodigiosa para preparar un asado o un caldillo en la mañana. Da la impresión que es producto de una rigurosa selección del personal de avanzadas. Son buenos amigos. Después uno se los encuentra en San Carlos, Chillán u otras ciudades y al reconocernos nos fundimos en un fuerte abrazo y hacemos recuerdos, contamos anécdotas y compartimos nuestros proyectos de vida profesional y familiar. Eso es enriquecedor. La cordillera une y crea profundos lazos de amistad.



Cristalina y hermosa, laguna La Plata.

La marcha sigue impertérrita. De vez en cuando nos vemos en la necesidad de realizar un largo rodeo para evitar las zonas de “menucos”⁴.

La imprudencia de Gutiérrez le hace pasar un buen susto cuando su caballo, un bayo de bella estampa, se enterró hasta los hijares en los barro movedizos. Pedro saltó, raudo y gateando, con mucha prudencia ahora, cruzó por sobre el inocente barro cubierto de pasto verde. La experimentada acción de Segundo y Cuchima permitió salvar al bayo. Por el resto del día, y varios más, Pedro Gutiérrez Lavado (Tarro con Piedras) pasó al primer plano en los temas de conversación, donde el relato de su hazaña iba acrecentándose cada vez más, alcanzando ribetes de jocosa proeza.

Después de varias horas de cabalgar en dirección noroeste, dejando a nuestras espaldas Las Lagunas y la Gendarmería, nos salió al paso Ché Méndez, un fornido moreno de bombachas y de curtido y moreno rostro.

Conocido de Segundo y de Cuchima, y tras los saludos con el resto del grupo, quedó incorporado a la expedición. Un amigo que nos acompañó durante tres días, tiempo en el que no faltó la carne, pues dispuso que el grupo, a través de sus guías, fuera al piño las veces que fuera necesario. Una de las veces acompañé a Segundo a elegir un chivito lechón. Le pregunté cuántos

serían los chivos del piño y me respondió que calculaba unas cinco mil. Quedé perplejo.

Ché Méndez era muy especial. Se alimentaba especialmente con tomates, cebolla, mate y tortilla. Apenas echaba un apunte a los asados. Su debilidad estaba en una cuntra con aguardiente a la que tenía acceso directo. Varias veces le acompañó Segundo para evitar se perdiera.

Tres días nos quedamos en lo de Álvarez, una gran estancia. En los corrales, con una tropilla de chúcaros, nos dedicamos a probar nuestras inhabilidades con el lazo.

Tanto va el cántaro al agua que... Raúl enlazó un “macho” nuevo y porfiado. La bestia, sorprendida por el adorno del lazo, inició veloz carrera, echó por tierra unas varas y desenfrenado se lanzó hacia la vega inmediata.

¿Y Raúl? Pues, corrió con la mayor velocidad de sus piernas y cuando trastabillaba peligrosamente soltó el lazo para finalmente arrastrarse con un revolcón en el pasto ante las carcajadas de la colonia de gauchos puesteros que nos acompañaban. Y, para qué negarlo, sus amigos, también disfrutamos el espectáculo.

La ruta nos espera indicándonos siempre el norponiente. Y nuevamente a ella. Cabalgar y cabalgar, hora tras

hora por ese siempre verde Lumávida que se nos torna interminable. El plan es llegar ese día a Los Moscos, baños termales en suelo chileno.

Hay que comer sobre la marcha. De las alforjas van saliendo trozos de tortilla, queso seco, charqui, y la cantimplora y las botas españolas quitan la sed con un trago de aguardiente o de vino blanco. Pero, en esas circunstancias, no hay mayor deleite que un jarro de agua con harina, hecho a la rápida para no retrasar la marcha de la caravana.

He olvidado mencionar al Cholo, un perro negro y lanudo de regular tamaño. Lo llevó Segundo. Hasta la fecha, Cholo lo había pasado excelente. Bien alimentado y sintiéndose protector del grupo no dejaba acercarse a otros arrieros, cuando se nos unía algún gaucho que recorría su ganado en esas inspecciones diarias.

Cholo tuvo su momento culminante de primer actor la tarde aquella que nos aprestábamos a ingresar a suelo chileno. De entre unos matorrales saltó una liebre escapando del asedio de Cholo que, ladrando desafortadamente procuraba acortar infructuosamente la distancia. Pronto nos percatamos de la presencia de la liebre. Formamos un cerco en torno al animalillo el que, alelado en primer instante, emprende veloz carrera por una suave pendiente. Segundo aplica las espuelas a su yegua colorada y sale en su persecución.

Mejor no lo hubiera hecho. Cincuenta metros más adelante la yegua vuelca espectacularmente. Eleva sus patas traseras en una voltereta de película para caer de espaldas. Segundo, con gran rapidez, se percata del peligro y se lanza hacia el costado izquierdo del animal. Sin embargo la montura le caza una pierna.

Corrimos todos temiendo una tragedia, cubiertos por el polvo que levantó la yegua en su rodada. Entre quejidos de nuestro amigo e intentos de auxilio se oían a la distancia los esperanzados ladridos de Cholo que obviamente resultaron infructuosos. Durante tres o cuatro días nuestro amigo Segundo debió privarse de caminar y tuvo que soportar el agudo dolor de su pierna, no obstante los calmantes que le suministraba Renato Soto, nuestro artista tallador y que algo había aprendido de remedios cuando trabajó en el hospital J.J. Aguirre de Santiago. Según comentaba Segundo, los tragos de aguardiente eran más efectivos como calmante.

El accidente, que pudo ser fatal, se debió, según pudimos comprobarlo, a la desafortunada circunstancia de una cueva de tonduco, especie de ratón cordillerano, que construye sus largas madrigueras casi a ras de piso. La mano de la yegua hizo presión en la tonduquera, la que se rompió y produjo su espectacular caída.

Después del accidente, retomamos la huella bordeando el río El Salitre para entrar después en una zona

montañosa en pleno suelo chileno. Oscuro ya llegamos a Los Moscos, veranada chilena cruzada por el Río Bueno a cuya orilla están las aguas termales.

Soltar la caballada después de mojarles el lomo para evitar pasmo, encender fuego, preparar el rancho, comer y tenderse en los pellones y mantas a descansar fue una sola cosa. En la noche, bajo los robles y manzanos se jugaron entretenidas briscas.

Varios días estuvimos en los baños Los Moscos, dando lugar a que Segundo se repusiera algo para el largo regreso a San Fabián, distante unos setenta kilómetros. Disfrutamos de los baños termales y, para variar, fuimos unos pocos a Laguna Navarrete, en suelo argentino, distante tres horas a caballo. Tuvimos muy buena pesca y de paso una familia argentina nos invitó a matear y comer torta con queso, en su casa rodeada por altos álamos a unas diez cuadras aguas abajo por el arroyo que nace en Laguna Navarrete.

Y el regreso definitivo. De Los Moscos a Pichirincón para llegar a Los Sauces donde pernoctamos para darle descanso a la caballada.

Finalmente San Fabián. Cuerpos cansados, rostros tostados y barbones, pero un espíritu limpio, vivificado, esperando un próximo verano de vacaciones.

*Hay que comer
sobre la marcha.
De las alforjas
van saliendo
trozos de
tortilla, queso
seco, charqui, y
la cantimplora
y las botas
españolas
quitan la sed
con un trago de
aguardiente o de
vino blanco.*

Versos dedicados a Domingo

Un arriero me enseñó,
y razón debe tener,
hay que sobar las correas
para que puedan correr.

Y otro gaucho me contaba:
para conocer la gente,
fijese en el apretón de mano
y si le mira de frente.

Los huevos van por docena
y el carbón va por fanegas;
la chicha va por garrafas
y la harina por quintales,
las flores son ramilletes
y sandías, sandiales.

En las pampas argentinas
hay tiempo pa' meditar.
La cama es también montura
y hay ginebra para el mal.

En la huella de Los Andes
muchas huellas han quedado.
Las dejó Humberto Assadi,
Peyuco y los Sandovalés.
En Quebra Seca y Chureo
quedaron las de González.

El Dios nos entrega todo,
sólo es cosa de elegir:
a veces nos confundimos,
entre dormir y salir,
madrugar cuando clarea
y clareando irse a dormir

En las quebradas y vados,
en bardas y coironales,
los versos de don Domingo
los va multiplicando el aire,
que silba en el Filo del Macho
como una alegre comadre.

Estos versos los incluyo
porque soy un convencido
que Domingo Fuentes Jara
no le teme al aguacero,
y pa' ensillar el caballo,
antes que silla, pelero.

Voy terminando mis versos
y no porque yo quisiera,
mas si lo bueno es poco
otro poco yo pidiera.

De frente y con mano firme
Don Domingo Fuentes Jara
reciba usted mi saludo.
y téngalo por seguro
que si guitarra tocara,
con guitarra le cantara.

*Entregado personalmente al amigo
Domingo un 22 de Febrero de 1989.*

**Título libro: “Imanes
Andinos, cuentos y
travesías”**

ISBN 978-956-393-083-2
Edición de 500
ejemplares, octubre de
2017

Diseño y diagramación:
Alder Comunicaciones
Impreso en: Impresos
Socias

Iván Contreras González

Nacido en San Fabián de Alico un 6 de junio de 1941, el autor ha desarrollado durante su vida tres grandes pasiones: la educación, el servicio público y las letras. Se titula como Profesor Normalista de Chillán en 1962, con el primer lugar de su promoción y al año siguiente comienza a educar en su escuela de San Fabián, hoy Liceo, labor que realiza durante 13 años.

Paralelamente desarrolla su vocación por el servicio público. En 1964 se integra como Encargado de Prensa y Propaganda al Comité Pro-centenario de San Fabián, que se celebró el 7 de diciembre de 1965. Entre los logros de este Comité -que presidió Hugo Umaña Lezana- para la comuna destacan la implementación de la red de agua potable -con fondos del BID-; la llegada de la primera ambulancia para la Posta de San Fabián; la instalación del primer teléfono público (en 1995 se logró un segundo teléfono) y la construcción de seis escuelas.



Entre 1970 y 1974 Iván Contreras se traslada a Santiago, para especializarse en Evaluación Educacional, en el CPEIP en Lo Barnechea, Santiago. Terminada esta tarea, vuelve a su región para asumir en 1975 como Supervisor Educacional en San Carlos, cargo que más tarde ejercería a nivel provincial en Ñuble.

En 1994 asume como Alcalde de San Fabián, cargo que ejerció durante 10 años, impulsando -con el respaldo permanente del Concejo Municipal- importantes obras, como el asfaltado del camino que une a San Fabián con San Carlos y otros proyectos de conectividad rural; la electrificación y agua potable en las localidades de Los Puquios, Las Guardias, La Vega, Macal, Paso Ancho, La Montaña y Trabuncura; la implementación de la primera red telefónica de la comuna; la construcción de escuelas, postas de salud, recintos deportivos y espacios para las artes y la cultura.

Como alcalde -junto al Concejo Municipal-, en 1996 tuvo el honor de entregar a Nicanor Parra Sandoval, Premio Nacional de Literatura, la distinción de Hijo Ilustre de San Fabián, su tierra natal. Nueve años después, en diciembre de 2015, por unanimidad del Concejo Municipal, sería el mismo Iván Contreras González quien fuera declarado Hijo Ilustre de San Fabián, en reconocimiento a su valiosa colaboración al desarrollo de la comuna.

Su tercera pasión es escribir cuentos, relatos y poemas, que son publicados regularmente por la prensa de San Carlos bajo el título de “Pinceladas de mi Pueblo”, donde rescata historias, tradiciones y personajes que son parte de la idiosincrasia sanfabianina. Parte de este legado está incluido en este libro.

ISBN: 978-956-393-083-2

